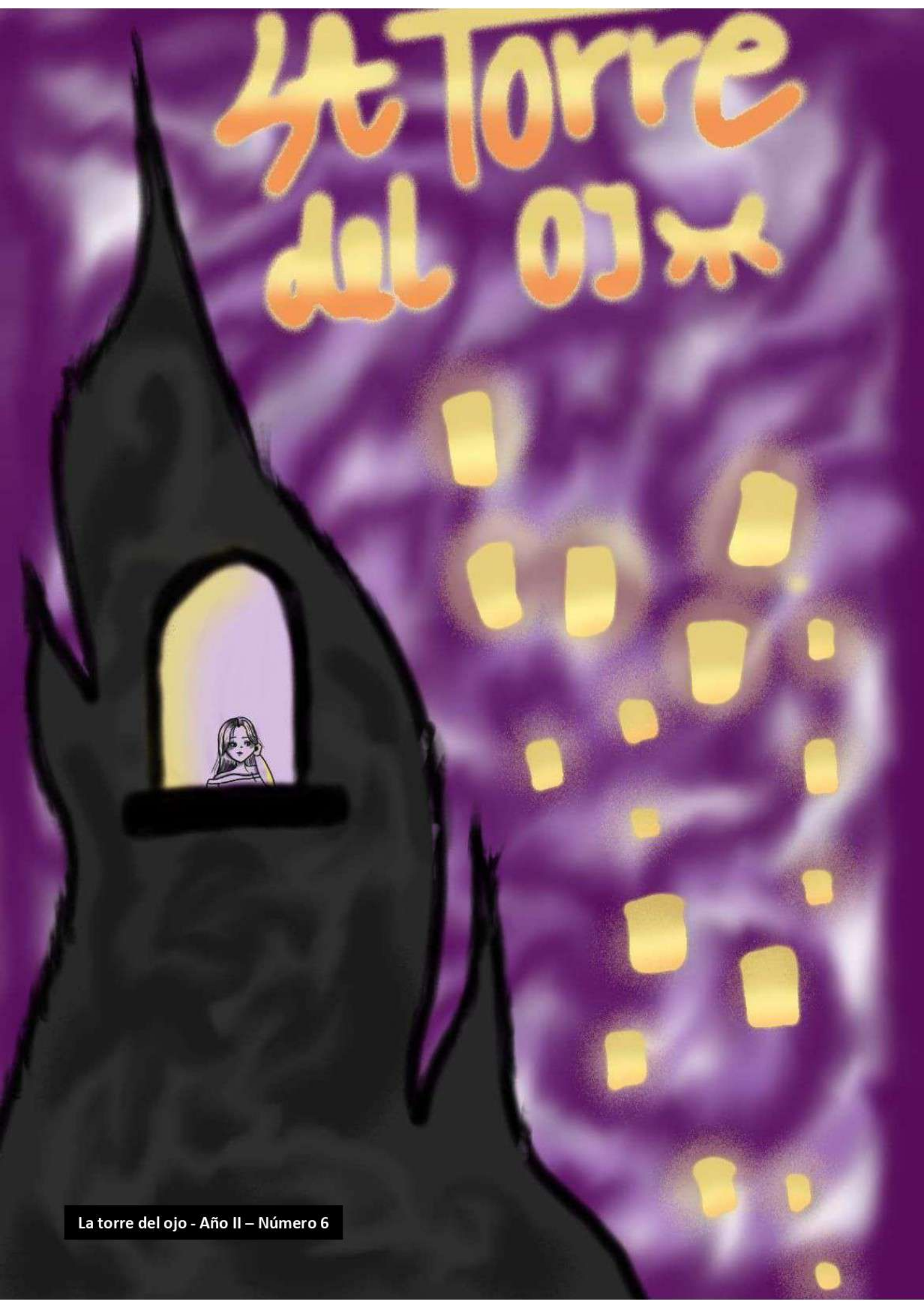


La Torre del ojo





LA TORRE DEL OJO

Revista de literatura y cultura

www.latorredelojo.com

NÚMERO 6

Febrero 2026

ISSN: 3101-2167

DIRECTORES

Felipe Díaz Pardo

Fernando Martín Pescador

COLABORACIONES

Ana Ahijado

Khalid Al Dieri Al Akeel

Elena Belmonte

Raquel Bordóns

Jesús Cepeda

Susana Coyette Urrutxua

Pedro Fajardo

Carlos Fernández González

José Ramón Guillem García

Félix Jiménez

Juaco

Juan José Jurado Soto

Tina de Luis

José Antonio Pérez Hernández

Francisco José Segovia Ramos

Armando Silles McLaney

Silvia Sotomayor

Aurora Yuste

Rafael Yuste Oliete

INVITADOS ILUSTRES

George Orwell

ILUSTRACIONES

Aitana Vega Lozano



CONTACTO

latorredelojo@gmail.com

Enviar colaboraciones a esta dirección de correo.

La torre del ojo no se responsabiliza, necesariamente, de las informaciones y opiniones expresadas por sus colaboradores.

Editorial

Por Fernando Martín Pescador

El desierto es el único lugar en el que rara vez llueve sobre mojado. Cada gota de agua, que equivale a vida, se recoge y se aprovecha como si fuera una semilla. En el desierto, cada jardín es un arduo ejercicio de xeropaisajismo. *La torre del ojo* trabaja en uno de esos jardines. Se afana en convertirse en oasis. Sin carteles publicitarios detrás de los cuales pueda esconderse un coche patrulla. En estos seis primeros números de nuestra publicación, nos hemos apoyado en tres árboles fuertes (no sé si son palmeras, robles o sabrosos frutales): Carmelo Rebullida, Francis Paramio y Julián Villar; en el número de diciembre, Almudena compartió con nosotros muchas de las plantas de su jardín: Hugo, Álvaro, Nayara, Daniela, Carmen, Ángela B., Natalia, Xuanyi, Nuria, Sofía V., Eva, Sofía M., Soria, Jimena y Sira. Almudena lleva once años cultivando ese huerto que ella misma bautizó como Artecromática. Y era inevitable. Sabíamos que, si seguíamos mimando estos metros cuadrados de desierto, tarde o temprano, saldrían flores. En noviembre disfrutamos de las ilustraciones de Candela Ruiz Cortés y, en febrero, tenemos la suerte de poder gozar el arte de Aitana Vega Lozano.

Somos conscientes de que no podemos descuidarnos. La torre del Ojo de mi infancia era un vergel de árboles frutales y de frondosas zarzas llenas de moras. Ahora es un desierto, donde nunca llueve, a ambos lados de una carretera de circunvalación.

Contenidos

Palabra de ilustradora	<u>página 3</u>
Aitana Vega Lozano	
3334	<u>página 4</u>
Raquel Bordóns	
La fuga	<u>página 5</u>
Pedro Fajardo	
Cuento	<u>página 10</u>
Armando Silles McLaney	
Del lat. tardío resuscitāre	<u>página 11</u>
Silvia Sotomayor	
Advertencia oportuna	<u>página 12</u>
Felipe Díaz Pardo	
Momentos difíciles	<u>página 13</u>
José Antonio Pérez Hernández	
Solo a veces	<u>página 14</u>
Ana Ahijado	
De la oscuridad a la luz	<u>página 15</u>
Juaco	
El pez (<i>Fábulas</i>)	<u>página 18</u>
Rafael Yuste	
Entre estaciones	<u>página 19</u>
Francisco José Segovia Ramos	
Los retos del enjambre	<u>página 20</u>
Tina de Luis	
El hombre que desafió la lógica	<u>página 24</u>
Susana Coyette Urrutxua	
Años de agua	<u>página 27</u>
Elena Belmonte	
Y en el principio fue el cuento	<u>página 31</u>
Felipe Díaz Pardo	
Mientras tanto	<u>página 35</u>
Fernando Martín Pescador	
La dictadura de lo inverosímil	<u>página 38</u>
José Ramón Guillem García	
Cómic en la imprenta antigua	<u>página 42</u>
Carlos Fenández González	
Palabras con oficio	<u>página 47</u>
Juan José Jurado Soto	
Camille Claudel	<u>página 52</u>
R. Kipling	
Dasein: Música y poesía enlazadas, una vez más	<u>página 55</u>
Félix Jiménez	
La despensa alimentaria de Roma	<u>página 58</u>
Khalid Al Dieri Al Akeel	
Por qué escribo	<u>página 60</u>
George Orwell	
Agenda 2025–26	<u>página 68</u>

Palabra de ilustradora

Aitana Vega Lozano[^]



¿Qué es lo mejor que le puede suceder a alguien? Encontrar su pasión. Cuando somos niños, jugamos y pasamos el tiempo disfrutando de cada cosa, desde pintar una mesa con una cera a jugar a cualquier cosa. A medida que crecemos, esas cosas nos hacen pasar por etapas: me gusta el baile, el fútbol, el teatro, la pintura, etc. Es difícil decantarse por algo, sobre todo al principio, pero lo terminarás haciendo.

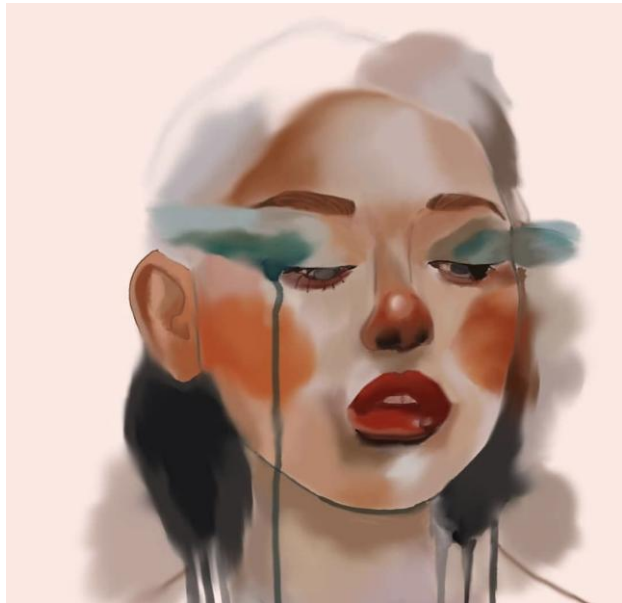
Al final del día, aquello que has elegido como “pasatiempo” es algo con lo que disfrutas y desconectas aunque sea por pequeños instantes, por efímeros que sean. Te permite conocer más de ti, ver cómo eres, cómo te expresas, cómo sientes y todo eso lo podemos reflejar ahí, en lo que al final se ha convertido en “nuestro lugar seguro”.

Desde que era pequeña, disfrutaba de la pintura, aunque tampoco supiera realmente qué estaba haciendo. Porque sí, también cogía las ceras y garabateaba los folios, no eran formas concisas, pero, en aquel entonces, para mí, lo era todo. Seguí pintando y esos garabatos empezaban a coger forma. A medida que seguía y me arriesgaba a intentar cosas nuevas, aunque en un principio salieran mal, luego iba mejorando. Había probado mil actividades, pero ninguna me llamaba hasta que me apunté a clases de pintura.

Esos viernes por la tarde se convirtieron en mi ratito de desconexión, donde podía crear, divertirme con mis amigos y plasmar todo lo que se me venía a la cabeza en un lienzo, en un papel. Dentro aprendí cuál era cada técnica, y, por decirlo de algún modo, cuál se ajustaba mejor a mí. Me abrí al mundo del arte y él se abrió a mí y conseguí encontrar una de esas “pasiones” que te hacen ver los días de otro modo.

Me costó entender que, para llegar a donde uno quiere estar y se siente a gusto, tiene que probar y experimentar y también equivocarse. No tenerle miedo al “error”, porque así conseguirás mejorar o ver que eso simplemente no es lo que más te gusta y siempre tienes otra opción, porque el abanico de posibilidades es muy amplio. Así que no tengáis miedo, hacedlo y, si os equivocáis, no pasa nada. Pero, sobre todo, disfrutad del proceso.

[^] **Aitana Vega** es una joven universitaria del grado de Biología que siempre ha sentido pasión por el arte. Ha participado en varios proyectos colaborativos y cuenta con un libro ilustrado, siendo alumna de la escuela de Artecromática. Ahora comparte sus ilustraciones y cuadros con el mundo.



3334

Raquel Bordóns*

¿Los egipcios tienen la culpa? Bueno, eso sería demasiado decir, o quizá no. Desde luego, ellos fueron los primeros en apostar por medir el tiempo. Aprovecharon obeliscos y otros dispositivos para medir las sombras y, de esa forma poder determinar las horas. A partir de ahí, las distintas civilizaciones miraron al cielo y les pedían a la luna, al sol y a los astros respuestas para poder establecer ciclos prácticos para las distintas actividades de cada sociedad. Y así se sucedieron los pueblos en su apuesta por ordenar el tiempo y atraparlo en un papel.

Lógicamente, los romanos, como ya hemos visto en artículos anteriores, fueron los artífices de ese calendario juliano que se impuso durante más de quince siglos. Y ya entonces apareció en el mes de febrero, de 28 días, la posibilidad de aumentar un día para ajustarse a los 365 días que la tierra tarda en darle la vuelta al sol, siendo esos años llamados bisiestos. Recordemos que febrero se correspondía con el final del año, y por eso era ahí donde se hacían los ajustes correspondientes.

Febrero no era un mes como tal, pero sí era el periodo de tiempo en el que se hacía el festival de purificación llamado *februa*. En esos días se realizaban rituales de limpieza y de expiación de culpas para poder comenzar el año en

* Atenta expectante de las sorpresas de la vida.

marzo con la primavera, rebosantes de energía fértil y pureza. Es por eso por lo que se utilizaban las februas (correas) para golpear a las mujeres y, de ese modo, aumentar su fertilidad.

La historia está repleta de rituales basados en los sacrificios y violencia relacionados con mujeres. Encontramos ejemplos en los entierros en vida de las vestales en Roma o en la inmolación de jóvenes de alto linaje para asegurar la continuidad de una comunidad en la antigua Grecia, como se explica en el mito de Ifigenia. El campo de la psicología reconoce en estos rituales históricos relacionados con el cuerpo femenino el origen de lo que nombran como "Mito del sacrificio cotidiano". Basan en él la idea de que, hoy en día, muchas mujeres sienten que deben sacrificar sus propios deseos, necesidades y desarrollo por el bienestar de otros, a menudo glorificando esta sumisión como una "predisposición natural".

Pero, volvamos al mes de febrero. Fue en el siglo XVI, con el papa Gregorio XIII, cuando se comenzaron a ajustar, con el calendario gregoriano, el movimiento de la tierra alrededor del sol con las estaciones. Esto llevó a una curiosidad. Y es que Suiza intentó hacerlo eliminando un día del calendario desde 1700 hasta 1710. Esto se consiguió el primer año, que era bisiesto, pero la Guerra del Norte desbarató los planes, de modo que en 1712, bisiesto también, debieron compensar el error añadiendo un día extra en el mes de febrero creando así el primer y único 30 de febrero de la historia.

Esto ha generado nuevos estudios que llevan a identificar una fecha en la que habrá que ajustar nuevamente el calendario añadiendo un 30 de febrero en 3334. ¿Se sorprenderán los habitantes de 3334 de esta modificación? ¿Existirá para entonces otro calendario que ayude a ajustar algún otro tipo de situación mundial o planetaria? ¿Quizá el calendario Trumpiano?. ¿Se seguirán sucediendo situaciones de violencia de género, sin especificar de cuál, que sigan creando nuevos "mitos de sacrificio" que les resuenen históricamente?

Todavía la historia estará llena de situaciones sorprendentes. Unas las veremos y otras no pero, con un poco de suerte, el mundo seguirá existiendo para que nuestros descendientes lo vean. Y quizá alguno de ellos seguirá la tradición familiar y escriba sus inquietudes en una *Torre del Ojo* del siglo XXXIV.



LA FUGA

Pedro Fajardo♦

EVELIO arrastra el cuerpo de una mujer hasta detrás del banco, dejando sus piernas a la vista. Cojea un poco y muestra síntomas de párkinson en su mano derecha. Parece exhausto tras haber arrastrado el cuerpo inerte de la mujer.

EVELIO. — ¡Hostia puta! ¡Cómo has engordao, Marichu! Toda la vida haciendo dieta y ¿para qué? ¿te ha servido de algo? Escucha que te diga, al final va a ser verdad que hay un destino cabrón que nos castiga, a ti te impide adelgazar y a mí me acerca a... a lo que quise evitar...

♦ **Pedro Fajardo** ha combinado, con idéntico entusiasmo, las clases de Lengua y Literatura en Enseñanza Media con una irresistible vocación teatral, tanto como intérprete, director o pergeñando textos dramáticos, aunque esta última faceta responda más a una necesidad impuesta por las exigencias de las tablas que por la que anima a los auténticos artistas de la palabra.

Recoge del suelo una pala y extrae tierra del hoyo abierto mientras canturrea unos versos.

No son tus ojos lo que más quiero,
es tu mirada frágil que me susurra
suaves paisajes, bellos boleros,
que guían mis pasos a la locura.

No son tus manos las que venero,
son las caricias que me procuran
bálsamo dulce de que yo espero
vaivén confuso de olas de azúcar.

Detiene un momento su labor y mira hacia donde está su mujer.

¿Te suena este poema, Marichu? Sí, claro que te suena. Te lo regalé en nuestro primer aniversario de novios. ¡Hostia puta, qué cara pusiste! Luego supe que esperabas un anillo. (*Ríe.*) Pues el día en que me largué de casa, hace ya... ¡Uff, he perdido la cuenta! Bueno, pues ese día yo buscaba un imperdible porque se me había rasgado el bolsillo de la chaqueta y, después de la bronca que tuvimos la noche anterior, no quería molestarte... Y al abrir tu costurero, pegado bajo la tapa, ahí estaba el poema. Lo habías guardado desde entonces y hasta es posible que te lo supieras de memoria...

Se sirve de la pala como si fuera un bastón y va hacia el banco. Se sienta y coloca la pala en su regazo. Coge la botella de vino casi vacía y bebe un trago. Habla a la pala.

Escucha que te diga, estás muy pálida, Marichu. Has salido poco de casa en todo este tiempo, ¿verdad? ¡Claro, no eres poeta! A los poetas nos da más el aire y el sol porque salimos al mundo a buscar versos, aunque eso no nos dé para comer (*Permanece unos segundos ensimismado*).

¿Qué voy a hacer ahora, Marichu? ¿Qué puedo hacer?

Retoma la tarea abandonada, pero con mayor precipitación.

Aquella mañana, después de ver lo que vi en tu costurero, salí de casa como siempre, pero no sentía mis pasos, algo me arrastraba como... como si caminara en el aire. En Atocha, subí al primer tren que estaba a punto de salir. Al llegar a su destino, tomé otro tren; a mitad de trayecto, me bajé y subí a otro, y luego a otro más... Cuando llegó la noche, el tren se detuvo en este pueblo y, en el silencio, escuché una trompeta... *(Se dirige al lugar en que asoman las piernas de su mujer)*. Y aquí sigo desde entonces, entre la estación de tren, el asilo de viejos y el camposanto. *(Ríe.)* ¡Hostia puta, qué lumbreras! ¡Poner un asilo al lado del cementerio! Digo yo que será para ahorrarse el traslado del fiambre *(Mueve a un lado las piernas de su mujer para coger una pequeña caja.)* Caronte, estás despedido, vende tu barcaza y jubílate.

Abre la caja, extrae unos pedazos de papel y, a modo de confeti, los lanza al aire. Mira a su mujer.

¿A qué has venido, Marichu? No sé cómo has dao conmigo. Pero cuando te acercaste a la entrada del Carrefour, sentí un pañuelo atravesao en la garganta: «¿Por qué me dejaste sola? ¿Por qué te fuiste?». *(Pausa.)* ¿Por qué has venido, Marichu? No creo que sea sólo para traerme estos pedazos de papel.

Retoma la tarea de excavar en la tierra como enajenado.

¿Te acuerdas de la noche previa a mi fuga? ¡Claro que te acuerdas! Es difícil olvidarlo... Yo no he podido. Nada más abrir la puerta, me abordaste mostrándome tu brazo escayolado: «Yo sola en Urgencias y tú por ahí, pariendo versitos como un mamarracho, creyendo ser algo que no serás nunca». Y después, cuando vi mi cuaderno de versos hecho trizas... ¡Hostia puta, se me fue la mano, Marichu!

Se escucha un sonido de trompeta.

Esa trompeta es la que oí aquella madrugada en el tren, la misma que suena ahora...

Despierta de su aturdimiento y, con determinación, arroja en el hoyo los pedazos de papel que hay en la caja y echa tierra sobre el agujero. Se acerca al cajón canturreando unos versos.

“Te acompañan las barras de los bares,
los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
cuando llegas, borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida...”.

Va a recoger la rebeca que está sobre el banco.

¡Marichu, vas a coger frío!

Arrastra a su mujer hasta dejarla al descubierto, intenta incorporarla mientras le pone la chaqueta.

¿Ves? No puedes beber. ¡Te amodorras! ¡Vamos, despierta! Ya has vuelto a perder el tren... Escucha que te diga, a ver si va a resultar que le has cogido gustillo a esto de vivir a la intemperie...

EVELIO acerca su rostro al de ella y, con mucha ternura, la rodea con sus brazos.

¡Marichu, creo que va siendo tiempo de volver a casa!

Vuelve el sonido de trompeta y lentamente se va atenuando la iluminación de la escena.



Cuento

Armando Silles McLaney*

Si yo he de morir, tú debes vivir para contar mi historia, escribió.

El profesor y poeta Refaat Alareer fue asesinado el 6 de diciembre de 2023 en un bombardeo del ejército israelí.
Láser y bombazo.

Y yo hago algo que es sencillo pero importante.

Y cojo un papel y un bolígrafo,
eso es lo sencillo.

Y cuento tu historia, Refaat Alareer, vuestra historia, nuestra historia,
y eso es lo importante.

Y cuento que un pueblo, el israelí,
ha sentido legitimidad y que era aceptable exterminar a otro pueblo, el palestino.
Y cuento que en el país del exterminador llaman animales a los exterminados.
Y cuento que fabrican bombas, armas, blindados,
y los lanzan contra una gente indefensa, inerme.
Y cuento que las usan contra personas como tú y como yo,
que tenemos alegrías, tristezas,
que hacemos la comida a nuestros hijos, o compartimos un café con los amigos.
Y cuento que llueve, pero no llueve agua, llueven bombas, drones, balas.
Y cuento que durante dos años la lluvia de fuego cae sobre hospitales,
sobre escuelas, sobre casas, sobre colas para recibir la poca comida.
Y cuento que no hay medicinas, ni anestesia.
Y cuento que las bombas mutilan,
y cuento que las amputaciones de miembros se hacen sin anestesia,
y cuento que la gran mayoría de las casas han sido destruidas o gravemente dañadas.
Y cuento que matan a los periodistas, que los llaman terroristas camuflados,
y que los matan para que no cuenten esto que yo ahora cuento aquí,
porque tú, Refaat Alareer,
has muerto, asesinado,
y yo debo vivir para contar tu historia, vuestra historia, nuestra historia,
porque existes y existimos y nos están matando.

Sábelo, dilo, no calles nunca la injusticia y la barbarie.

* **Armando Silles McLaney** es poeta, profesor y agitador cultural. En 2025 ha publicado “Poesía luz me urge” / “Poezio lumo al mi urgas” / “Urge-me poesia-luz”, selección de poemas en versión trilingüe (castellano, esperanto y portugués; prologado por Suso Moinhos).

Del lat. tardío resuscitāre

Silvia Sotomayor♦

Hay unos ojitos tristes
que anhelan primaveras de colores
y mariposas revoloteando
entre las flores de los balcones.

Inundan sus cuencas las lágrimas,
dejando un cauce de angustia por sus mejillas
y rozando sus labios rosados,
van deshaciendo nudos por la barbilla.

– ¡Llorad, rompeos, gritad!,
– clama el corazón por la garganta–
expulsad todo el dolor que oprime, despiadado, nuestras entrañas.

Vaciad la oscuridad, la incertidumbre.
Y haced costumbre
del vertido oscuro que atrapa al alma
hasta que sane y renazca,
hasta que se tiña de café intenso
y vuelva a brillar la mirada...

No pasa nada,
niña de ojos de luna.
Llora, rómpete,
vomita tu furia, tu rabia
que las lágrimas que hoy atormentan tus días,
están forjando con luz
las que mañana serán tus armas.

Esos ojitos castaños, niña,
se encenderán y bailarán de nuevo,
Lo verán, lo verás, niña,
te aseguro que lo veremos–.



♦ **Silvia Sotomayor Rodríguez** (Madrid, 1981) es profesora de Lengua Castellana y Literatura en el colegio Mirasur de Pinto (Madrid). *Sentir en verso, rimas para el cielo y la tierra* (Círculo Rojo, 2021) es su primer poemario. En breve verá la luz *Placeres y pecados*, su segundo libro de poemas. Su página web es www.silviasotomayor.com

ADVERTENCIA OPORTUNA

Felipe Díaz Pardo

A quienes no veis en la oscuridad,
os digo que las nubes se disipan
cuando los rayos pierden su presencia.

Que las sombras perpetuas fingen
ser algo más que simples urdidoras
de los miedos que nos aterran
para luego desvanecer su odio
entre las borrascas que expanden
su poder por los campos yertos.

A quienes lamentan la desdicha
vertida en la niebla que despierta
con su aliento a los insomnes;
os recuerdo que nadie es dueño
del sueño que le cubre,
ansioso, en los ruidos de la noche,
por encontrar sentidos a su causa.

Que el lamento tardío y solitario
alimenta con su llanto tan solo
los fulgores que a la mañana
pierden sus fuerzas entre las brasas
de la noche que se escapa.

A todo el que piensa huir,
inmune a los caprichos de la vida,
sabad que solo es posible librar
batallas si los vientos nos anidan
y demandan vuestro saber hacer.

Que nadie salvará a los héroes
irredentos, ni absolverá las culpas
del que jugó con víctimas indefensas,
ajenas a las devastadoras tempestades.

Son estas advertencias oportunas,
aprendidas en mis dominios absolutos,
durante años de estepas sin futuro
que recorren ahora la memoria
de quien esto escribe.



Momentos difíciles

José Antonio Pérez Hernández[^]

Rebuscando entre el fluir del pensamiento,
encuentro un vacío intenso que me inquieta,
no se si colgar el hábito, o meterlo en la maleta,
o transformar las ideas en puro sentimiento.

Presiento que estoy animando a mis sentidos,
hasta un lugar muy próximo al corazón,
llegar al fondo, es siempre la intención,
y creo que empiezan a fluir a mis oídos.

Siento un peso que oprime, mi pecho callado,
la sombra me envuelve, no encuentro salida,
la esperanza, difusa, huye sin medida.
los sueños se apagan y camino cansado.

Mis pasos resuenan en noches sin dueño,
la luz se me esconde, la calma se aleja,
mas sigo buscando en cada destello,
un rayo en la mente, que al fin me proteja.

Los recuerdos se cruzan, titilan ausentes,
como luciérnagas perdidas, me abrazan la mente.
Me aferro al susurro de un nuevo mañana,
Me inhibo de todo, desde mi ventana.

Buscando consuelo entre las nostalgias,
el corazón se mece en vaivenes y magias.
Avivan la añoranza en el silencio de la noche,
dibujando destellos y susurros de reproche.

A veces tan lejanos, casi inalcanzables,
la memoria los retiene en zonas cambiables.
y entre dudas y miedos, la vida nos muestra
que, hay que asumirlos sobre la palestra.



14 de diciembre de 2025

[^] **José Antonio Pérez Hernández** (La Rioja, 1943). En el 2023 publicó un libro de poesías titulado *Esperanzas y vivencias de un mayo*.

Solo a veces

Ana Ahijado[♦]

Que el mundo es un lugar decepcionante,
que la vida no es la fiesta que nos prometieron,
que dos más dos son cuatro (y a veces tres)
empiezas ya a entenderlo.

Lo veo tras tus ojos: se nublan y se esconden
detrás de los recuerdos de la infancia,
detrás de la ilusión de los mañanas
plagados de ilusiones.

Pero el mundo es también
un lugar que te invita a ese viaje
del que ya no se vuelve
porque ofrece el paisaje más hermoso,
la luna más plateada
y el hogar más caliente.

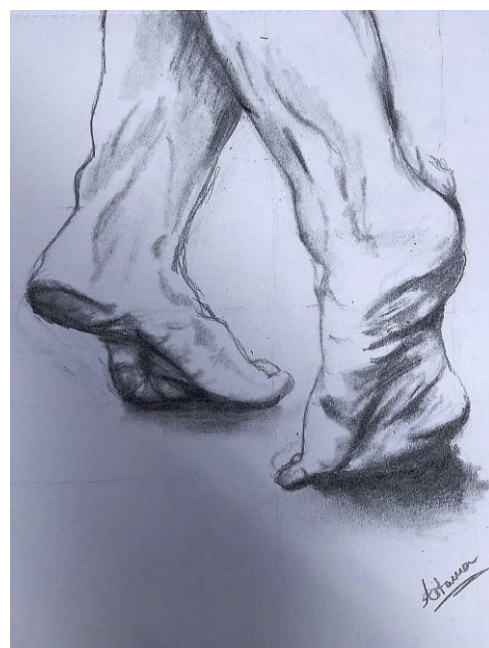
No es la vida una fiesta
y a veces el dolor nos arranca de cuajo
de ese trozo de tierra que nos daba el sustento.

No es la vida la fiesta
en la que preparamos nuestro mejor vestido
para el baile. No es esa.

Pero a veces
dos más dos suman cinco inesperadamente
y vuelves a la infancia y
y a ese trozo de tierra...

Es verdad, solo a veces.

Sé cuál es tu pregunta. Sí,
merece la pena.



[♦] **Ana Ahijado** (Madrid, 1981) estudió Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid y trabaja como profesora de Lengua Castellana y Literatura desde hace más de quince años. Su amor por la literatura comienza muy pronto, y desde niña escribe cuentos, que también ilustra. Comienza a escribir poemas en época universitaria. Es una lectora voraz y cree firmemente en el poder de los libros para hacer que el mundo sea un lugar habitable y deseable, para preservar rincones de felicidad en medio de la locura que nos rodea. En 2024 publica con Olé Libros su primer poemario, *Aproximaciones*.

DE LA OSCURIDAD A LA LUZ

Juaco*



Oscuro es el camino donde
las dificultades se vuelven espinas, puñales.
Puñales que penetran hiriendo tu corazón.
Donde los redondos y resbaladizos pedernales
provocan, que tras una caída y al intentar levantarte
caigas y caigas una y otra vez,
una y otra vez...

¡Pero te levantas!
Buscas una mano amiga que te ayude,
que limpie la sangre de tu rostro
golpeado.
A duras penas te arrastras y gateando,
(las rodillas, en carne viva) sigues adelante
porque allí, delante, alguien te espera.
¡Sí! Tiene que haber alguien.

* Joaquín Miñarro es un artista plástico, poeta y escritor.

Pero caes.
Y te rebozas en el lodo
mezclado con tu sudor,
sudor frío que solo calienta la sangre.
Tu sangre.
Desvanecido, ves los rostros,
rostros antaño agradables y que tú,
no quieres mirar.
¡Te duelen al mirar!

Una mano acaricia tu pelo.

¡Nooo! Estoy soñando,
soñando un sueño placentero y
no quiero despertar.
Me acurruco en el frío suelo
y me envuelvo en mis brazos.
Me caliente.
Ya noto mi cuerpo y vuelvo en mí.
Me levanto. Sigo adelante.
Y me yergo y tropiezo y sigo.

Palpo ¡Busco! Buscaré.
Buscaré la mano que me acarició
la mano que noté cálida,
la mano, que me indicará acaso,
tu rostro.

Quiero ver ese rostro,
quiero saber si en él,
me puedo mirar.
Porque quizá, en él,
mi rostro
vea reflejado.

Ya no tengo miedo de verte,
mirarte.
Y por eso el camino oscuro,
tenebroso,
lo andaré erguido
confiado.

Sé, que veré el brillo de tus ojos,
me alumbrarán la vereda tortuosa,
me guiarán.
Y yendo hacia adelante,
alcanzaré la luz.

Sigo tropezando, pero ahora
los golpes no aplazarán tu búsqueda.
A cada golpe, un impulso,
a cada impulso, un salto
y a cada salto, me acercaré más y más...

Ahora el suelo es liso, plácido al caminar.
Voy saliendo de la oscuridad;



los árboles se van abriendo
ante mí.
Por entre sus ramas, sus hojas,
una tenue y cálida luz penetra.
Mi rostro es acariciado por las flores,
por la brisa.
Oigo cantar a los pájaros
cantos que siempre han estado ahí,
música, que dejé de oír.

Sigo adelante sin mirar atrás,
sin hurgar en mis heridas,
sin juzgar.

Voy llegando a la luz
luz que no me ciega,
Luz que deja ver tu rostro,
el mío.

Como una cebolla a la que se le va quitando
una capa y otra y otra...
así llegaré al final del camino
dejando atrás,
en un borde del sendero,
el peso de mi alforja.

Estoy inquieto.
El cosquilleo de la vida siento.
De nuevo siento el frío
siento el calor.
Siento miedo,
Siento valentía.
Me enfado, amo...

Emprenderé de nuevo el viaje.
De nuevo llenaré mi alforja.
La preñaré de poesías,
y aunque...
Me golpearé
y tropezaré.
¡No temeré...!
la luz, tu luz
será mi compañera.

¡Fluirá la vida!
En ella navegaré
al día le seguirá la noche,
a la noche...el día.



Ilustración: Aurora Yuste

EL PEZ

Rafael Yuste♦

El pez mordió el anzuelo. Su vida entera pasó ante sus ojos, ojos de pez y de pescador.

De alevín, la primera bocanada ahogándole hasta las branquias. La orilla nutricia. Me-ciéndose. Los otros. La caricia del limo. La luz inundándolo todo, la negritud reptando desde el fondo, como alma de tritón. Todo el terror anfibio, la monstruosidad larvaria, el inquebrantable silencio de las algas lavanderas. La paz de la badina. Las joyas de las guijas. Remansarse. Brillar. La singladura infinita. Hasta el vado y su frontera de légamo. La primera freza, ese goce viscoso. La segunda, la tercera... La fuerza: el nervio: la inercia: el salto: el vacío: el deslumbramiento. Un destello curioso, bello, inspirador, como la llamada de un bien necesario desde las alturas, todo por cuanto se puede vivir... y morir, del otro mundo, del más allá.

♦ **Rafael Yuste Oliete** (Zaragoza, 1968) es autor de los libros de poemas *Trilogía de historia natural* (2001), *Solo cuerpo* (2023) y *Las aventuras de Juan Lázaro* (2020), y del álbum ilustrado *Silván y los árboles parlantes* (2020), además de haber publicado algunos de sus poemas y relatos en obras colectivas o publicaciones periódicas, como *La revista de Valdemoro*. Desde 2016, es el responsable editorial de Prames.

Microrrelato



Entre estaciones

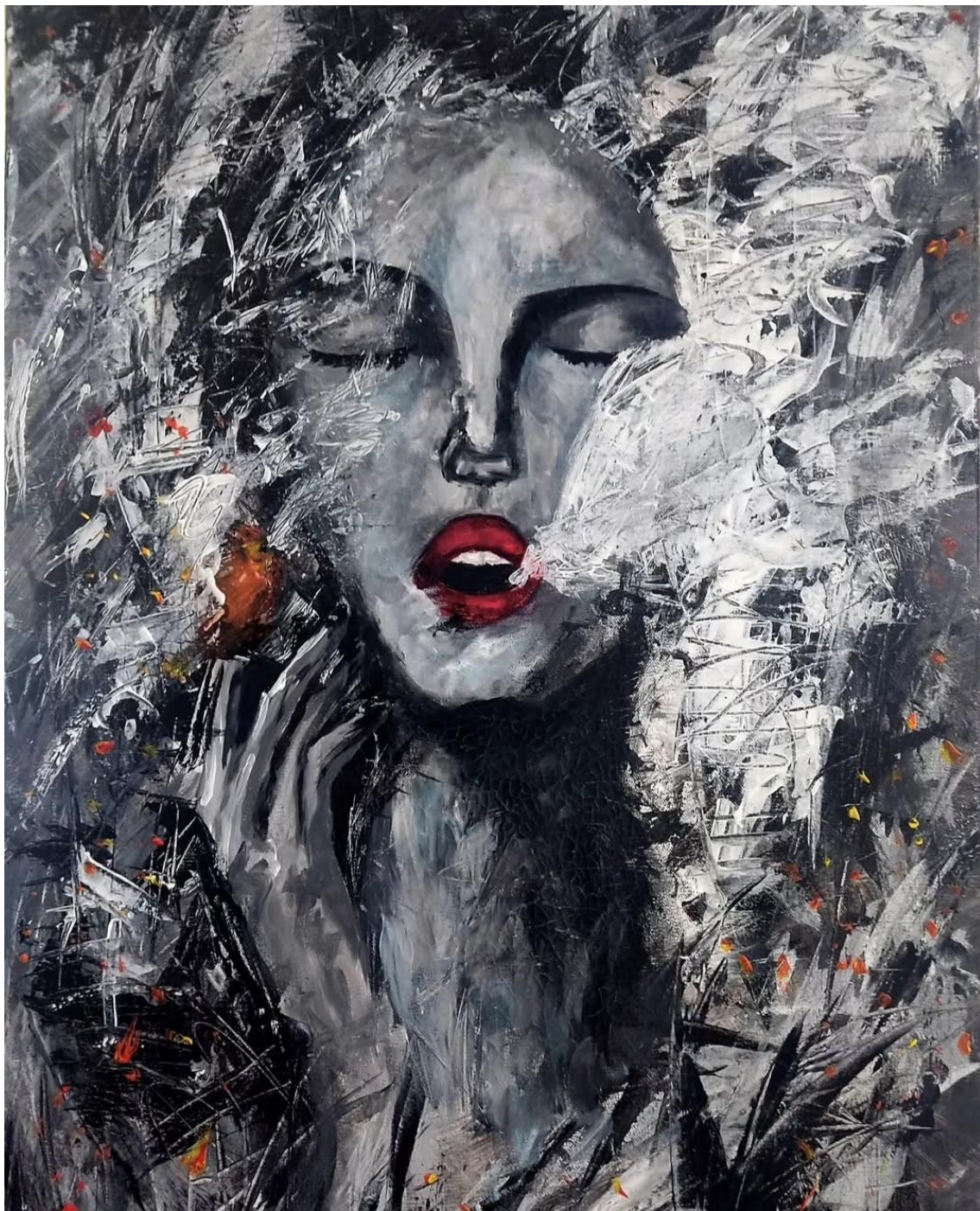
Francisco José Segovia Ramos*

El otoño siempre me pareció triste, cargado de melancolía que me llegaba hasta los huesos. El invierno, si cabe, añadía más dolor a mi alma entristecida. Tal vez por eso, el día del equinoccio de otoño, cuando las hojas comienzan a secarse y caen sobre el pavimento, y el aire sabe a frío y desdicha, morí.

* **Francisco J. Segovia Ramos** (Granada, 1962) ha ganado diferentes premios literarios en poesía, novela y relato. Hasta la fecha, su obra abarca varias novelas, libros de relatos y poemarios publicados. Su prosa abarca multitud de géneros, entre los que destaca el terror, la ciencia ficción, la fantasía y la novela histórica.

Los retos del enjambre

Tina de Luis♦



♦ **Tina de Luis** ha compaginado la enseñanza con su pasión por la escritura. Además de colaborar con poemas, cuentos y relatos en diversas páginas y publicaciones, tiene editadas diez novelas: infantiles, juveniles y para adultos.

La trampilla se abrió, los músculos se me tensaron como las cuerdas de una ballesta a punto de lanzar la saeta. Tras varias horas de espera, afloraba en mí el gladiador que irrumpe en la arena a ciegas, dispuesto a machacar a un rival sin rostro. Y, al igual que en él, la consigna de vencer o perecer luchando pendía de mi aliento. El primer axioma establecía el distanciamiento con la oleada del enjambre. Por suerte, me hallaba muy bien posicionada; una suerte fraguada por mí misma, claro está. A partir de esa premisa, la consecución del éxito dependería de una perspicaz gestión del tiempo, de la agilidad y de la astucia; lo ideal, una acertada combinación de los tres factores. Preferí dejar a un lado el raciocinio y actuar con el instinto y el coraje de un depredador acorralado. Sin apenas darme cuenta, me encontré en el centro de un inmenso círculo, del que arrancaban no pocos caminos. ¿Por cuál de ellos optar? Cabía la posibilidad de que todos condujeran a la meta, pero... ¿y si no era el caso? Pese a que la confusión y la perplejidad me perturbaban, no podía permitirme demoras ni para elegir. Eché un vistazo fugaz a los senderos, buscando un signo, distintivo o señal, que, lamentablemente, no hallé. Me lancé hacia el más cercano y galopé. Nada, absolutamente nada en el trayecto parecía relevante. Mi intuición me reiteraba que por allí no llegaría a los Trofeos.

Los Trofeos lo eran todo, razón más que suficiente por la que inmolarnos. Significaban honra, gloria y laureles. Tenía que conseguir el mayor número de ellos para alcanzar la victoria. Y eso... no resultaría sencillo. Dudé, me detuve, me di la vuelta, casi choqué con otro cazador. Por unos instantes, permanecimos el uno frente al otro: rígidos, expectantes, midiéndonos con la mirada. Me embalé de nuevo, me golpeé con dos ojeadores que corrían en dirección opuesta (la descartada por mí). Nos tambaleamos. Dolió. Retomé la frenética marcha sin mirar atrás. Me introduje como el rayo en un nuevo camino, pero mi inconsciente protestaba, o mi instinto, o mi "Pepito Grillo"... ¡A saber! Tales eran mis ansias de acortar distancias que ignoré sus advertencias. Tres intentos: tres fracasos. Las perspectivas en penumbra, la moral en declive y mi mente obnubilada y errática en un laberinto de desánimo. La intrepidez de mis piernas me llevó a una tercera vía. El reloj, implacable, no daba respiro.

En la nueva senda mi situación no mejoró, me vi atrapada por una avalancha de fanáticos impetuosos. La marabunta me arrastraba, yo me resistía. Me desplazaba, sin remedio, adherida a la desenfrenada horda. Los esfuerzos por zafarme de la masa me desestabilizaron; tuve que aferrarme al cazador más próximo. Me fulminó con la mirada y arrancó, iracundo, mi mano de su ropa. Por primera vez tuve conciencia plena de la impiedad del enjambre. El zarpazo de la depresión me desgarró, y lo más deprimente era que yo misma formaba parte de esa turba, no me diferenciaba de ella en absoluto. Todos, sin excepción, soltamos al monstruo que nos habita cuando las conveniencias nos embaucan. Me atropellaron, me pisotearon, me magullaron... Piernas impasibles y automatizadas deambularon sobre mi cuerpo. Me revolví, busqué un asidero. ¡Me icé!

Puesto que retroceder no era una opción viable, sino peligrosa, decidí avanzar junto a los cazadores. Después de todo, las tendencias populares son muy sabias y, puesto que la tendencia del momento fluía en esa dirección, seguro que era la correcta. No obstante, ¿qué Trofeos quedarían para mí cuando llegase al destino? Demasiada ansiedad, demasiados rivales, demasiada presión... Entre la dificultad de la batalla y mis previsiones mediaba un universo, lo que me obligó a considerar el triunfo pleno una utopía, pero no me hizo renunciar a mi entusiasmo ni a mi empeño.

Llegué a la antesala del Edén; que nadie me pregunte cómo, porque no sé lo que hice (desgarrones, arañazos, contusiones). Los muros de Jericó se derrumbaron ante mis pupilas, al son de trompetas delirantes. Al fondo estaban Ellos. Palpitantes y espléndidos Trofeos, reluciendo en sus anaqueles; enmarcados por rótulos y luces resplandecientes. La tentación en bandeja. Me abalancé hacia el primero en deslumbrarme. Mis manos se volvieron seda para tocarlo. Lo contemplé con embeleso. A punto de estrecharlo contra mi pecho, una garra peluda (que no mano) lo enganchó. Lo apreté con ahínco: «¡Es mío! ¡El me eligió!», grité. Unos ojos hundidos, pérfidos, burlones y amenazantes se clavaron en los míos. Los dos tirábamos con frenesí. El Trofeo se me escurría de las manos, me lo arrebatava. Se lo apropió y corrió más rápido que Usain Bolt en los cien metros lisos, en Berlín. La nada se lo tragó. Enrojecí de ira y aprendí lo que no estaba escrito: el combate desleal. Desterré los lamentos y

endurecí mi estrategia. No solo participaba yo, también mi honor y mi reputación formaban parte del juego. Me precipité hacia un nuevo Trofeo. Otra disputa, otra *melange* de pisotones, patadas en la espinilla, pellizcos y golpes bajos, pero esta vez me lo quedé.

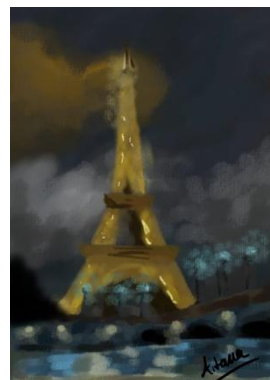
La lucha se desinfló cuando los Trofeos se extinguieron. El gozo me desbordó y sonreí triunfal; me hallaba en posesión de tres. Nadie me tildaría ya de fracasada. Exuberante y con mi orgullo enhiesto, volví a mi hogar. A falta de resuello, me tocó subir a gatas el último tramo de escaleras; no sin antes permitirme un breve descansó para recrearme en mis espléndidos Trofeos:

—Una resistente cuerda de alpinismo, tirada de precio. Todavía no se me había ocurrido una aplicación para ella, habida cuenta de que yo no había practicado la escalada en mi vida, ni creía que a mis cincuenta y siete años me apeteciera iniciarme. Seguro que me venía bien para improvisar algún regalo; conste que no encontrarían otra de calidad superior.

—Un chollo de bañera retro, divina de la muerte —que tendría que camuflar en alguna esquinita del apartamento—, por si algún día decidía remodelar el minicuarto de baño. Es que era tan mona...

—Por último, ¡dos docenas de calzoncillos de algodón! Estaban, nada más y nada menos, al ochenta por ciento de descuento. De la talla XL, eso sí, pero como en mi intención estaba echarme un novio bien fornido...

Como balance final, fue una inmersión en las rebajas, en plena cuesta de enero, medianamente aprovechada. Lo primordial es que no volví con las manos vacías. Además, aprendí una lección magistral: tengo que entrenar con más método y constancia porque, antes de que queramos darnos cuenta, llegarán las *Mid season sales* y entonces... Entonces será otra cosa.



El hombre que desafió la lógica

Susana Coyette Urrutxua[^]



[^]Doctorada en Filología Hispánica, después de una vida y media dedicada a la docencia y a la escritura académica, en estos momentos aborda la escritura creativa: microrrelatos, poemas en prosa, poemas de estructura libérrima, guiones teatrales breves, reflexiones personalísimas...

A veces, la verdadera fragilidad de la mente no está en lo que falta... sino en lo que creemos que nos falta.

Era un jueves por la tarde cuando Laurent, un funcionario público en la ciudad de Marsella, sintió aquella extraña debilidad en su pierna derecha. No le dio demasiada importancia, pero su esposa insistió en que fuera al hospital. Y así, entre la molestia de haber perdido su tarde libre y la incomodidad de la sala de espera, entró caminando a la consulta médica, sin saber que estaba a punto de convertirse en un caso único en la historia de la neurología.

El médico ordenó una serie de estudios y, cuando la resonancia magnética apareció en la pantalla, la sala se sumió en un silencio abrumador. La imagen mostraba algo que desafiaba toda lógica: el cráneo de Laurent estaba prácticamente vacío. Donde debería haber un cerebro, había líquido cefalorraquídeo, y solo quedaba una delgada capa de tejido neuronal comprimida contra los bordes de su cabeza.

Pero ahí estaba Laurent. De pie. Conversando con los médicos. Lúcido, funcional, consciente.

— ¿Es... un error? —preguntó el radiólogo, revisando la máquina.

No lo era.

Laurent había vivido así toda su vida sin saberlo.

Los especialistas revisaron su historial médico y descubrieron que había sufrido una hidrocefalia desde la infancia. Su cerebro, en lugar de sucumbir a la presión del líquido, se había *reorganizado*, adaptándose lentamente hasta funcionar con apenas un 10% de su volumen original.

—Esto no tiene sentido —murmuró uno de los médicos, mientras otro revisaba las pruebas neurológicas de Laurent. Todo estaba en orden. Memoria funcional, capacidad de comunicación, respuestas emocionales intactas.

La noticia se difundió rápidamente entre la comunidad médica, y el caso llegó a ser publicado en *The Lancet*, hasta convertirse en un fenómeno que desafiaba todas las creencias sobre el cerebro humano. Si Laurent podía llevar una vida plena con apenas una fracción de su cerebro, ¿qué significaba realmente la conciencia? ¿Cuánto necesitábamos para ser nosotros mismos?

Pero entonces ocurrió lo más sorprendente.

Días después de su diagnóstico, Laurent comenzó a preocuparse. Antes de la resonancia, nunca había sentido ninguna diferencia con los demás. Nunca se había cuestionado su funcionalidad. Pero ahora, con el conocimiento de su condición, algo cambió.

— ¿Y si, en realidad, no soy yo? —le dijo a su esposa una noche, con el rostro desencajado—. ¿Y si solo estoy funcionando por inercia?

Las dudas crecieron en su interior como un eco persistente. Si su cerebro había encontrado formas alternativas de procesar información, ¿seguía siendo él mismo? ¿O era simplemente una versión adaptada de lo que una vez fue?

Los síntomas de ansiedad lo abrumaron. Comenzó a olvidar cosas. A hablar con más dificultad. A actuar como alguien con una discapacidad que no tenía hasta que supo que la tenía.

Finalmente, una mañana, los médicos recibieron una noticia inquietante. Laurent había entrado en coma.

No por un fallo neurológico evidente. No por una complicación repentina. Simplemente, había dejado de responder.

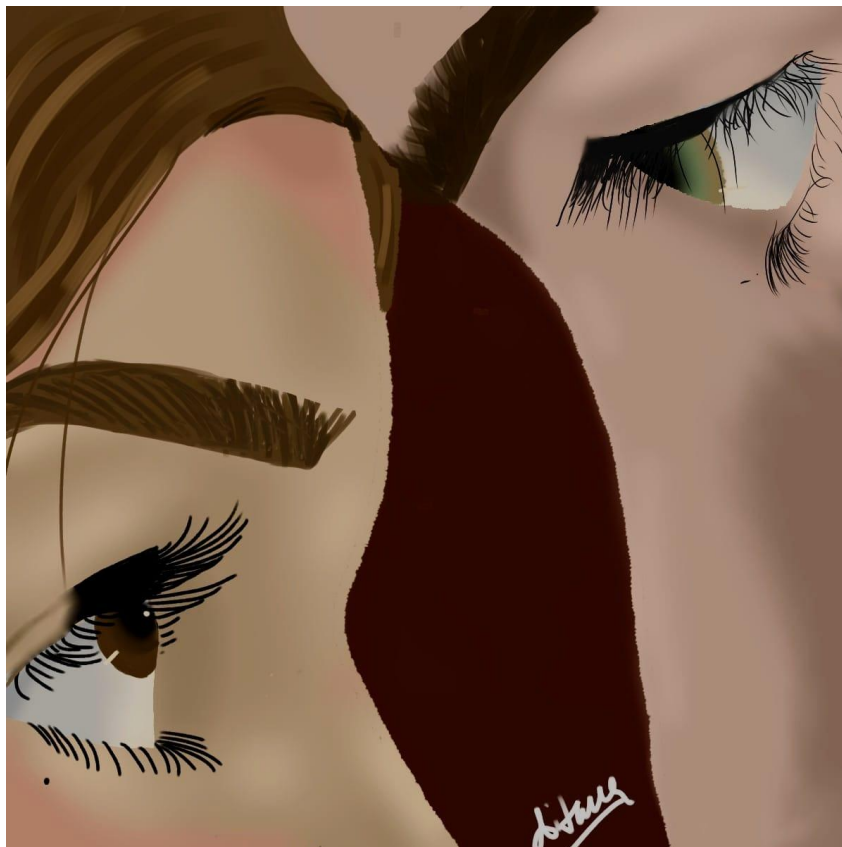
El hombre que había vivido toda su vida como una persona plenamente funcional había sido derrotado, no por su condición física, sino por... la certeza de ella.

Y así, Laurent dejó de existir, no por su falta de cerebro, sino por la idea de que no debería haber existido.

¿Somos siempre como somos, o somos como creemos que deberíamos ser?

AÑOS DE AGUA

Elena Belmonte[^]



Conocí a Sonia en un tren. En uno de ésos modernos que te plantan en cualquier parte en un abrir y cerrar de ojos. Hubiese preferido conocerla en el Transiberiano, por ejemplo, que es más romántico, pero no todo iba a ser ideal.

Sonia llevaba un vestido azul de tirantes, se le veían las piernas y la cara tan tostadas que parecía casi imposible. ¿Vas a la piscina a menudo?, fue lo primero que le pregunté y ella me dijo que sí. Que iba a la piscina, que iba a la playa y que incluso a veces también bajaba al pantano que estaba cerca de su ciudad, que le gustaba tanto nadar que no se cansaba del agua. A ver si vas a ser una sirena, le dije. Y ella dijo que sí, que a lo mejor lo era. Y los dos nos echamos a reír.

A decir verdad me gustó que Sonia dijera eso. Me gustó tanto que, a partir de aquel momento, empecé a figurármela en esos términos. Como una sirena, con su melena y su colita, a la orilla del mar, acariciada por los peces y la brisa.

[^] **Elena Belmonte** es escritora y profesora de técnicas narrativas.

En cualquier caso fue un buen comienzo. Y lo diré siempre, ¿qué importa lo que sucediera detrás?

Cuando el tren se detuvo en la provincia de Ciudad Real, donde yo tenía que bajarme, donde me esperaba mi madre que era todo un portento, Sonia y yo habíamos llegado a un buen grado de intimidad. Yo ya le había hecho mi declaración de principios. Le había dicho que era todo un romántico, que me gustaba la carpintería y que en mis ratos libres escribía algunos versos que, por otra parte, no estaban nada mal. Incluso le había dicho que me estaba enamorando de ella y luego, cuando nos fuimos hacia los lavabos y ella se desnudó y más tarde los dos caímos exhaustos sobre la taza del retrete, le dije que la querría para siempre. Y no, no estaba exagerando.

En el andén de la estación Sonia me despidió desde el estribo. Levantó una mano en el aire y la agitó como si llevara un pañuelo. Sus labios dibujaron la palabra adiós y me lanzaron un beso. Yo llevaba todavía el olor de su piel encima, el movimiento de sus caderas, el sudor de sus muslos, el brillo de sus ojos y estaba a punto del delirio. A ratos me llevaba una mano a la frente y juro que no lo podía soportar. ¿Sería cierto que se pondría en contacto conmigo cuando llegara a Málaga?, ¿sería cierto el número de teléfono que me había dado?, ¿cierta su certeza de que también me amaba?, ¿de que nos tomaríamos una limonada con vodka en el primer domingo de agosto en una terraza que olería a jazmines?

Caminé por el andén como un sonámbulo. Dudaba si algún día sería capaz de recuperar el sueño, si no moriría de insomnio, de angustia o de terror. Si sería capaz, de ahí en adelante, de recordar mi propio nombre y si mi pobre madre me reconocería.

Pero sí, mi madre me reconoció. Estaba en medio de la estación esperándome. Y me miraba como si en realidad no le gustara verme. ¿Quién es ésa?, me preguntó sin saludarme siquiera. Es Sonia, le dije y le hablé de todo lo que eso significaba. Le dije que el nombre de Sonia era lluvia fresca para mis oídos, que era la brisa del mar y las tardes de primavera y las noches de verano y de tormenta. Le dije que moriría si alguna vez Sonia desaparecía de mi vida. Le dije que pondría una soga en el desván y me ahorcaría si algún día lo nuestro se acababa. Hay paella para comer, dijo mi madre, así que aligera porque, si

se enfriía, no habrá quien se la coma. Me dolió que dijera aquello. ¿Qué clase de persona se pondría a hablar de arroces y de enfriamientos en un momento así? Tú no tienes escrúpulos, le escupí, cuánto siento que, a pesar de que tú seas mi madre y yo sea tu hijo, en realidad no me quieras, es triste darse cuenta de que he nacido en un seno familiar equivocado y que, si no fuera por Sonia, estaría más solo que un perro.

Pero a mi madre le molestó que dijera aquello. A ti lo que te pasa, me dijo, es que has conocido a la pija ésa tan bronceada y ahora te avergüenzas de mí, que lo único que quiero es que tengas una vida sencilla, apruebes unas oposiciones, sientes la cabeza y te comas la paella.

Había empezado a llorar cuando salimos de la estación. No llores, por Dios te lo pido que me exasperas, le dije quince veces, pero ella nada. No llores, le volví a repetir, o acabaré haciendo un disparate y lo lamentaremos los dos. Sólo lo entiendes de violencia, fue todo lo que consiguió decir.

Seguía llorando cuando deshicimos mi maleta y cuando nos sentamos a tomarnos la paella, fría ya como una noche de invierno, como el hielo en la retama, como mi historia con Sonia que, a aquellas alturas y dadas las circunstancias, parecía hundirse en el pasado.

Seguía llorando cuando fue a echarse la siesta. Cuando acabó con la siesta y levantó las persianas. Cuando salió a dar una vuelta y a tomarse un helado. Cuando volvió y calentó los restos del arroz para la cena porque su estado de ánimo le impedía cocinar otra cosa. Cuando pusimos los cubiertos en la mesa y escuchamos al hombre del tiempo y nos enteramos de que al día siguiente llovería. Fue entonces cuando ella paró de llorar un rato para decirme: Con el buen tiempo que estaba haciendo y lo has estropeado. Fue entonces cuando me levanté de la silla en la que estaba sentado y la rompí contra el televisor. Con una de las patas rompí también las fotos familiares que colgaban de la pared: la de mi padre, la de mi abuela, la del gato, la mía y la de mi madre. Luego rompí la vajilla con los restos del maldito arroz, los cristales del balcón, el aparador y la lámpara del techo. ¿Estás contenta?, le grité, pero ella seguía llorando.

Durante toda la noche la escuché llorar al otro lado del tabique. La oía hablar en sueños y decía: Con lo que yo le quería y me hace esto, con lo que yo

le quería y le ahora le tendré que dejar de querer. A ratos también se preguntaba a gritos por qué narices habría tenido yo que ir a Madrid a examinarme de una oposición para el Ministerio de Justicia.

No pude pegar ojo en toda la noche. Mucho menos dedicarle ni un solo pensamiento a Sonia, esa sirena que tomaba el sol a la orilla del mar, que nadaba entre algas y nenúfares. A las siete de la mañana había empezado a llover. Primero una lluvia fina y después un torrente que parecía confundirse con las lágrimas de mi madre.

Déjalo ya, le dije entrando en su habitación con la pata de la silla. No, me dijo, déjalo tú, déjalo tú o me matarás. Deja a esa mujer, a esa pija, a esa bruja, a esa arpía, a esa serpiente bronceada y venenosa. A esa hija de puta que te destrozará, que hará que te pierdas, que hará que te ahorques y te claves un tenedor en el cuello mientras nos comemos la paella, con lo tranquilos que podíamos estar y mira.

No la dejé acabar, destrocé la cabecera de su cama, la mesilla de noche con su vaso de agua, destrocé un butacón y rompí a pedazos las cortinas. Y ella lloró más fuerte. Lloró desde julio hasta septiembre mientras yo acababa con todo el mobiliario de la casa.

Y luego en octubre le dije que sí. Que renunciaba. Que dejaba a Sonia como antes había dejado a Violeta, la del estanco, Y a Merceditas, la hija del cerrajero y a Gloria, la bailarina.

Le dije que sí y su llanto cesó dando lugar a una sonrisa. Y debo reconocer que no hay nada en este mundo como la sonrisa de una madre. Esa sonrisa de infancia y de pan con chocolate.

Algunas noches me acuerdo de Sonia. Me gusta imaginar que no es una mujer. Ni siquiera una sirena, sino un pez. ¿Y qué cosa se podría hacer con un pez sino ver cómo nada o freírlo en una sartén? De todos modos me gusta sentarme y escribir algunos versos para ella y su recuerdo. Para el recuerdo de Sonia y el recuerdo de Violeta, y el de Gloria y el de Merceditas porque, al fin y al cabo, ¿qué soy yo sino un poeta?

Historia de la Literatura

Y EN EL PRINCIPIO FUE EL CUENTO

Felipe Díaz Pardo



Contar historias es una actividad que el hombre lleva haciendo desde el principio de los tiempos, desde que, junto al fuego, alguien narraba algún incidente, real o fantástico que él había vivido, oído o imaginado. Lo narraría a un grupo de hombres, mujeres y niños, todos miembros de su tribu, absortos, ante aquellos relatos que les entretenían, sumidos en sus vidas precarias y difíciles.

Más tarde, ese narrador de cuentos lo imaginamos en la plaza de un mercado oriental, rodeado de oyentes expectantes o delante de la choza de un poblado africano, en el interior de la selva amazónica o sentado en el café de una ciudad ante un público deseoso de escuchar variadas historias de un pasado indefinido.

El cuento es una manifestación creativa, existente en la memoria colectiva de todos los pueblos y en todas las lenguas. Se componen de diversas formas,

se relacionan y se mezclan de diversas maneras con las lecturas que leemos y las vidas que vivimos.

La génesis del cuento parte de dos explicaciones: una histórica y otra psicológica. La explicación histórica da cuenta de una situación narrativa oral que está documentada en todos los periodos de la civilización. La explicación psicológica se refiere a la voluntad con que un hablante se dispone a captar la atención de un oyente y el sentimiento de este ante un relato imaginario.

Ante esto, nos encontramos con una lista de conjeturas e hipótesis, según Anderson Imbert¹:

- Hipótesis religiosas: Dios dio al hombre la gracia de contar y probablemente Adán fue el primer cuentista de maravillas.
- Hipótesis mitológicas: mitos primitivos que explicaban los misterios del universo se personifican después en héroes de cuentos.
- Hipótesis simbolistas: autores iniciados en un sistema de creencias lanzaron mensajes en forma de cuentos.
- Hipótesis psicoanalíticas: deseos y temores reprimidos en la subconsciencia se manifestaron en sueños y fantasías y de allí se configuraron en cuentos.
- Hipótesis evolucionistas: en el nivel más bajo de la conciencia, los conflictos se liberaron en el lenguaje irracional, imaginativo del cuento popular, el cual evolucionó con la evolución humana.
- Hipótesis antropológicas: costumbres de sociedades primitivas se reflejaron en cuentos. Abandonadas esas costumbres, los cuentos sobrevivieron con un interés nuevo, independientemente del significado de las costumbres iniciales.
- Hipótesis ritualistas: ritos que se dejaron de practicar fueron comentados en forma de mitos y por intermedio del mito se convirtieron en cuentos.

Pero frente a estas conjeturas existen opiniones contrarias que podemos resumir brevemente con las siguientes objeciones: que ni conocemos cuentos prehistóricos ni podemos documentar la relación de la sociedad prehistórica con los cuentos prehistóricos que sí conocemos; que la literatura no tiene prehistoria porque, por definición, es Historia; que no hay ni un solo cuento que

¹ Anderson Imbert, Enrique: *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona, Ariel, 2007, 4ª reimp., pp. 20-21

haya salido completo de mito también completo; que las etimologías alegóricas de los nombres de héroes de cuentos han sido refutados por la ciencia; etcétera.

Tal vez lo más prudente sería combinar todas las hipótesis o conjeturas sobre el origen del cuento, admitiendo la evidencia de que ciertas tramas de cuentos han aparecido en diferentes lenguas, culturas, naciones sin que podamos explicar la causa de esa similitud. A este respecto, también existen hipótesis. Una de ellas es la *monogenética*, que defiende la idea de que en una sociedad primera surgió un protocuento del que han surgido todos los cuentos que conocemos. La hipótesis contraria es la *poligenista* que explica con argumentos psicológicos la repetición de las mismas tramas narrativas: la esperanza, los deseos son sentimientos humanos constantes que inspiran los cuentos que los reflejan. Si bien ambas hipótesis son sugerentes, ninguna sirve como explicación aplicable a todos los cuentos. Así, por ejemplo, podemos encontrar cuentos en *El conde Lucanor* que proceden de la India, pero que su motivación sea diferente: en unos casos, la India es la fuente; en otros, la coincidencia se debe a que hombres de distintos lugares pensaron lo mismo.

En el listado anterior de suposiciones sobre el origen del cuento tiene gran importancia la aparición del mito, del cual sería difícil encontrar una definición exacta que fuera accesible a los no especialistas, como dice Eliade. El mito, siguiendo al escritor rumano, narra una historia sagrada; relata un acontecimiento sucedido en el tiempo primordial el fabuloso tiempo de los orígenes; cuenta cómo, gracias a las hazañas de los seres sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea esta la total, el Cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución. El mito, por tanto, es siempre el relato de una *creación*: narra cómo se ha producido algo, cómo ha comenzado a ser².

Para Anderson Imbert, el mito está entre la religión y la ficción. Tiene la forma de una pregunta y una respuesta. El hombre pregunta: «¿Qué significa la luz del día y la oscuridad de la noche?», y una voz anónima responde: «Que Dios puso el sol en medio del cielo para que... etc.». Es una narración que se

² Eliade, Mircea: *Mito y realidad*. Labor, Barcelona, 1985, p. 13.

ha dado muchas veces (mito, en griego significa «algo distinto») para explicar, con la intervención de seres misteriosos, el origen y sentido del universo³

Los mitos son diferentes, dependiendo de su temática. Quizás los más conocidos son los *cosmogónicos*, que intentan explicar el origen de los dioses. De ellos existen numerosos relatos que aportan la originalidad, la cultura y las particularidades del pueblo que los ha creado. No obstante, a pesar de su variedad, hay rasgos y aspectos que se repiten con insistencia, mostrando un origen común de la humanidad.

Así ocurre con la narración de la Creación narrada en el Génesis (I y II, 2-4), el primero de los libros de la Biblia. Otro mito cosmogónico es *El origen del mundo*, perteneciente a las *Metamorfosis*, del poeta latino Publio Ovidio Nasón (43 a.C.- 28 d. C.). Un tercer mito cosmogónico se encuentra en un relato chino, en el que el Creador es un misterioso gigante llamado Pan Xan, dotado de poderes mágicos y de cuyo cuerpo metamorfoseado toma origen todo lo que existe. Por último, los bellos relatos amerindios dan cuenta de los mitos cosmogónicos. Uno de ellos pertenece a los jíbaros de Ecuador, en el que Yus, el dios creador, va vistiéndola de bellos dones la tierra desnuda. El otro, de una tribu de indios del Alto Orinoco, en la Amazonía venezolana, muestra también a un padre creador que tras dar vida a los hombres muere por darles alimento e integrarse él mismo en la Naturaleza.

Otros tipos de mitos son los *teogónicos*, que se refieren al origen de los dioses; los *antropogénicos*, relativos a la aparición del hombre; los *etiológicos*, que explican la existencia de instituciones y comportamientos políticos, sociales o religiosos; y los *escatológicos* si tratan del fin del mundo y de la vida de ultratumba⁴.

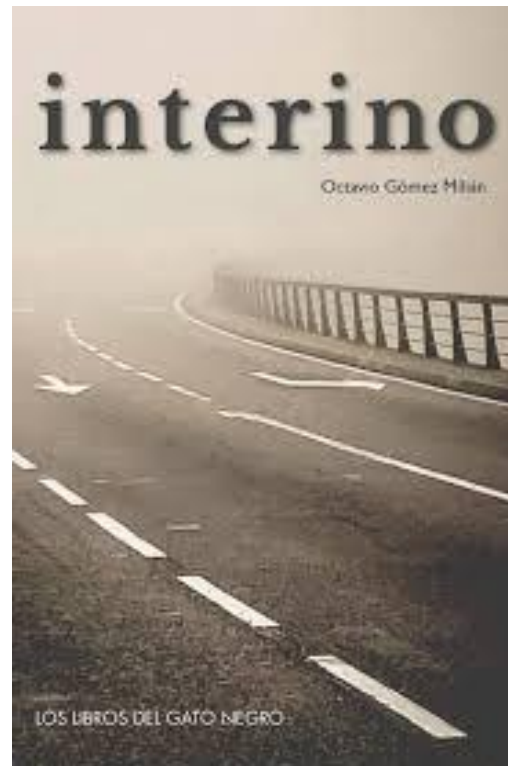
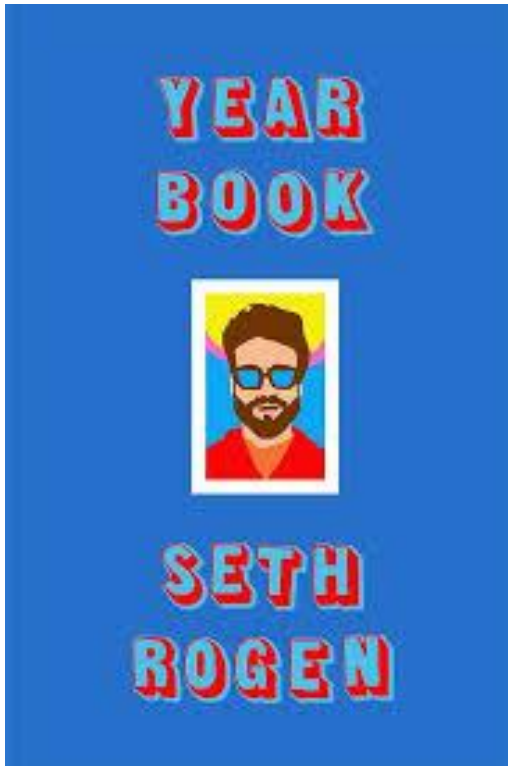
En definitiva, todos los estudiosos coinciden en la función social del *mito* como elementos cohesionador de la comunidad.

³ Op. cit., p. 33.

⁴ Díez R., Miguel y Díez-Taboada, Paz: *La memoria de los cuentos*. Madrid, España-Calpe, 1998, p. 26.

Mientras tanto

Fernando Martín Pescador



Portadas de los libros en cuestión

Interino, Octavio Gómez Milán, Los libros del gato negro, 2025.

Year Book, Seth Rogen, Sphere, 2021.

Me fascinan las biografías y los libros de memorias. Me derrieten las autobiografías. La biografía es el género literario más antiguo y tuvo que aparecer ya alrededor de la hoguera, en las primeras tradiciones orales, cuando, antes de dormir se repasaba lo que se había hecho ese día o se recordaban las gestas de algunos miembros de la tribu. No hay héroes hasta que no nace el narrador que cuenta sus historias. Por eso, la literatura y el poder han crecido juntos, observándose el uno al otro, apoyándose, asesorándose, criticándose, censurándose, reprimiéndose...

Julio César se aseguró de contar su propia historia. San Mateo y San Juan se mencionaron a sí mismos en los evangelios que llevan sus nombres. Los tres, César y los evangelistas, hablan de sí mismos en tercera persona, como si, cuando todo ocurría, ellos, sencillamente, pasaban por allí. Me pregunto

cómo habría narrado César, si eso hubiera sido posible, su propio magnicidio. ¿Habría recurrido, finalmente, a la primera persona?

Los dos primeros libros que he leído en 2026 han sido dos libros de memorias. Repararé rápidamente en las pocas similitudes que hay entre los dos libros: ambos autores escriben en primera persona, ambos tienen barba y gafas de pasta, ambos mencionan a sus parejas (Ana y Lauren, respectivamente) con un cariño infinito. Octavio nació en 1978 y Rogen en 1982, con lo que han compartido series de dibujos animados, estrenos de películas taquilleras, presidentes de los Estados Unidos... hechos e información que enmarcan a una generación. Ambos tienen una voz narrativa poderosísima (de hecho, creo que, junto a su desvergonzada simpatía ese es el mayor talento de Rogen, puesto que ni es un gran actor, ni un gran guionista, ni un gran comediante). Seth, si lees esto, no te ofendas. Aún puedes convencerme de lo contrario.

Conozco la mayor parte de los referentes de la vida de Seth Rogen gracias al cine y a la televisión: nacer y crecer en una familia judía, la cartografía física y humana de un instituto de secundaria en Norte América (Rogen es de Vancouver, Canadá), el consumo de marihuana, el ambiente de los clubes de comedia...

Los referentes de Octavio son un caso aparte. No solo los conozco. Prácticamente los he vivido. Cuando visito un lugar antiguo que está poco restaurado y sé que por allí pasó alguien importante, digamos Miguel de Cervantes, por ejemplo, me empeño en recorrer cada baldosín del lugar para poder decir que he pisado lugares que pisó el mismísimo Cervantes. Con diez años de diferencia, Octavio ha ido pisando cada uno de los baldosines de mi vida (parques, escuelas, barrios, calles, pueblos, amigos y familiares...). Y, gracias a su increíble memoria, he revivido muchos momentos de mi propia vida. Ahora ya sé quién se llevaba la única copia de la película del vídeo club que yo había pensado alquilar ese viernes. Octavio se me adelantaba siempre.

La narración de Rogen es puramente lineal y anglosajona. Es ordenada y, no cabe duda, es la que domina el espectro literario del siglo XXI. Es, también, la que yo practico con más frecuencia. La narración de Octavio es, sin embargo, circular, como lo podía ser la narración de Félix Romeo, pero acudiendo más a la coma que al punto. La narración de Octavio es circular y oriental, co-

mo si Octavio hubiera nacido a las orillas del Ganges en vez de a las orillas del Ebro.

Octavio Gómez Milián explora un concepto tan contradictorio como es el de la figura del interino, que, en la mayor parte del mundo conserva su significado original (del latín *interim*, que significa “mientras tanto”, como algo temporal). Sin embargo, en España hay personas cuyo *mientras tanto* dura toda su vida laboral. Octavio amplía el concepto de interino a otras facetas de nuestras vidas.

El jurado de la segunda edición de los Premios de la Crítica en Aragón, auspiciados por la Plataforma de Poetas por Teruel, ha elegido como mejor libro de prosa en Aragón publicado en 2025 el libro *Interino* de Octavio Gómez Milián por «una narración íntima y personal a la manera de unas memorias o falso diario. Un libro trabajado y contundente». Desde *La torre del ojo*, queremos felicitar a Octavio por el galardón y por su magnífico libro.



Mi opinión no solicitada

La dictadura de lo inverosímil

José Ramón Guillem García

www.joseguillem.com



Esta mañana, mientras untaba mermelada sobre una tostada que parecía mirarme con cierto resentimiento, llegué a la conclusión de que la realidad ha despedido a sus editores. No hay otra explicación. Si el universo fuera una novela, habría sido rechazada por cualquier editorial respetable bajo el argumento de "incoherencia narrativa" y "exceso de golpes de efecto".

Miro por la ventana. En la acera de enfrente, un hombre pasea a un galgo afgano que tiene un peinado sospechosamente parecido al de un filósofo del siglo XIX. Ambos caminan con una dignidad que me ofende. El mundo sigue girando con esa indiferencia mecánica que te hace sospechar que todo esto es un decorado de cartón piedra a punto de desplomarse si sopla el viento equivocado.

El problema, verán, es que la Historia —esa señora borracha y caprichosa— ha decidido que la verosimilitud es un accesorio pasado de moda.

Vamos a ver... piensen en el 15 de enero de 1919. Boston. La gente caminaba hacia sus trabajos, preocupada por la queja o por el precio del carbón, cuando un tanque de acero reventó y liberó una ola de melaza de ocho metros de altura. No fue agua, ni fuego, ni un gas noble. Fue sirope. Veintiuna personas murieron ahogadas o aplastadas por una sustancia pegajosa y dulce que se movía a cincuenta kilómetros por hora. Si yo escribo un relato donde el clímax dramático es una inundación de azúcar caramelizado, ustedes se reirían y usarían mi libro para calzar una mesa coja. Dirían que es grotesco, que rompe el pacto de lectura.

Pero la realidad no tiene pactos firmes. La realidad te ahoga en melaza y luego espera que sigas pagando impuestos como si nada hubiera pasado.

Salgo a la calle para huir de la tostada, que se ha enfriado y ha adquirido la textura de la piedra pómez. El aire huele a ozono y a fritura barata. Me cruzo con una vecina que insiste en hablarme del tiempo, ignorando que el cielo tiene hoy un color violeta amoratado, como la piel de una ciruela a punto de pudrirse. Ella sonríe y dice que «refresca». Yo asiento: claro, estamos en febrero.

La respuesta me hace sentir un poco avergonzado y desvergonzado a la vez, por decir una obviedad tan obvia. Vivimos en una conspiración de silencio donde aceptamos lo imposible como cotidiano para no tener que gritar.

La ficción es un refugio seguro porque tiene reglas. En una novela, si hay una pistola en el primer acto, debe dispararse en el tercero. Hay una estructura, una causalidad, una lógica reconfortante. Incluso en las historias de terror, el monstruo tiene una motivación, aunque sea el hambre. Pero aquí fuera, en la intemperie de la historia real, las pistolas aparecen, se convierten en ramos de flores, o se disparan solas y matan al protagonista en la página dos por un error de cálculo.

Es de locos.

Recuerdo a Esquilo, el padre de la tragedia griega. Un hombre que escribió sobre dioses, destinos y guerras sublimes. Murió porque un águila confundió su cabeza calva con una roca y le soltó una tortuga encima para romper el caparazón. Un final de farsa, una broma de mal gusto. Imaginen la escena: estás reflexionando sobre la condición humana y, de repente, una tortuga cae del cielo a velocidad terminal. *Crac*. Pijama de madera.

Es un guion insultante. Si la realidad fuera una película, yo me habría salido del cine hace media hora pidiendo la devolución de la entrada.

Camino hacia un parque cercano a mi casa. Los árboles están quietos, demasiado quietos, como si estuvieran conteniendo la respiración para no alterar su posición. Me siento en un banco que tiene una pintada obscena y reflexiono sobre cómo la historia nos ha robado la capacidad de asombro. Ya no nos sorprende nada porque lo real ha devorado a la sátira. Leemos las noticias en nuestros teléfonos luminosos y vemos dictadores que parecen caricaturas dibujadas por un niño perverso, políticos con *la mano suelta*, millonarios que lanzan cohetes al espacio por aburrimiento y guerras que comienzan por motivos que harían sonrojar a un guionista de telenovelas turcas.

Miren, esta es buena:

La Guerra del Cerdo, 1859. Estados Unidos y el Imperio Británico casi se aniquilan mutuamente por un cochino que se comió unas patatas en una isla de la que nadie había oído hablar. Miles de soldados movilizados, buques de guerra apuntándose con sus cañones... por un cerdo. ¿Dónde está la épica?

¿Dónde está el sentido? No existe. Estamos atrapados en una comedia negra escrita por algo que no funciona en nuestra masa gris.

Un niño pasa corriendo delante de mí persiguiendo una bolsa de plástico que vuela con el viento. La persigue con una fe ciega, absoluta. Quizás él haya entendido algo que yo no. Quizás el sentido de la vida sea perseguir basura que vuela hasta que te canses o hasta que te caiga una tortuga en la cabeza.

La gran estafa de la existencia es hacernos creer que somos los protagonistas de un drama solemne, cuando en realidad somos figurantes en una broma cruel. La ficción intenta ordenar el caos, darle un sentido estético al dolor. Pero la historia real es desordenada, sucia y, a menudo, estúpidamente ridícula. Nos esforzamos por buscar símbolos, metáforas, señales divinas en los eventos mundiales, pero a veces, un cigarro es solo un cigarro y una pandemia es solo un virus que tuvo suerte... y nosotros ninguna.

Me levanto del banco. Siento un hormigueo en la nuca, podría ser por la pintada o por esa sensación precisa de estar siendo observado por alguien que sostiene un bolígrafo rojo, listo para tacharme si mi comportamiento no es lo suficientemente entretenido.

Regreso a casa. La tostada sigue allí, sobre la mesa, inmutable, victoriosa. Ha ganado la batalla de la voluntad. La tiro a la basura y escucho el golpe seco contra el fondo del cubo. Un sonido definitivo.

La historia supera a la ficción porque la ficción debe ser creíble para ser amada, pero la realidad tiene la arrogancia de existir sin nuestro permiso. No necesitas convencerte de nada. Simplemente sucede, te atropella con su absurdo y te deja ahí, parpadeando, tratando de encontrarle la moraleja a un chiste que nadie te ha contado.

Miro el reloj. Son las once y el día se estira ante mí como un desierto de horas vacías que debo llenar con simulacros de propósito. Probablemente no caerá ninguna tortuga del cielo hoy. Probablemente no nos ahoguemos en melaza.

Pero es esa «probabilidad», ese margen de error, lo que me impide cerrar los ojos con tranquilidad. Porque sé que el guionista está borracho, y todavía le quedan muchas páginas en blanco.

Libro antiguo y cómic

Cómic en la imprenta antigua

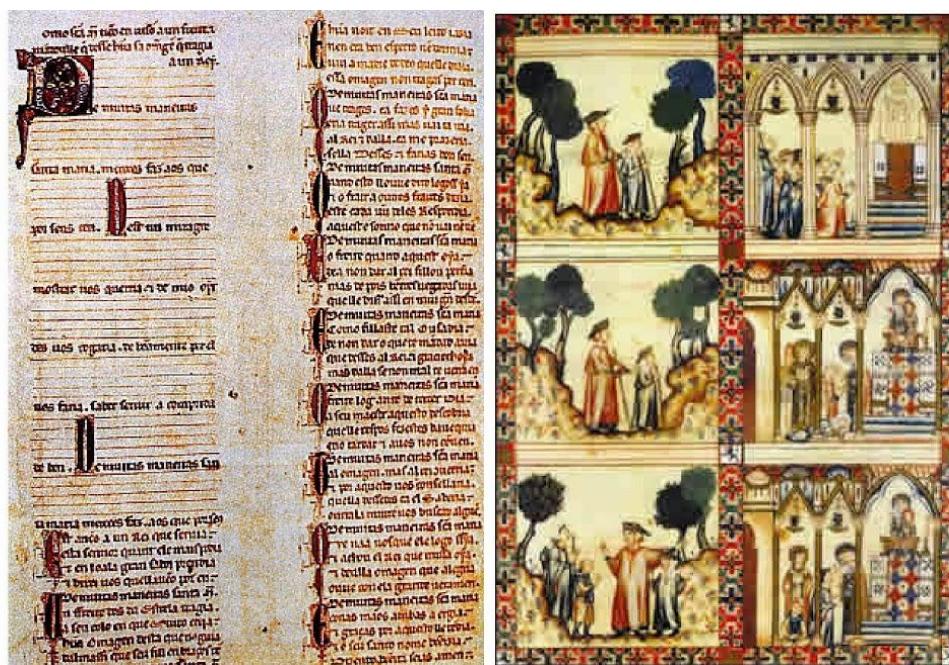
Carlos Fernández González*

En una reciente escena presenciada en la biblioteca pública de Valdemoro Ana María Matute, un niño de unos 10 años se fija en un cómic de la sección infantil con el deseo de llevárselo a casa. Su madre le dice que elija otro tipo de lectura, no esa "tontería". A punto estuve de intervenir, pero uno, que se tiene por prudente, no dice nada. ¡Pero qué pena me causó la frustración del niño! Los tebeos han sido siempre una magnífica entrada para la infancia en el mundo de la lectura. Desde muy pequeño, las lecturas desternillantes de *Mortadelo y Filemón* fueron parte muy importante de mi diversión. De *Mortadelo y Filemón*, de *Super López*, de *Pepe Gotera y Otilio*, del *Botones Sacarino*, de *Rompetechos*, de *Zipi y Zape*, de *Astérix*, de *Mafalda*, de *Lucky Luke*, de *Tintín*... Daba cuenta de cualquier tebeo que cayera en mis manos. Ya con más años, en la adolescencia o ya pasada, del *Víbora*, de *Creepy*, de *Tótem*, de *Conan el Bárbaro*, de los superhéroes de Marvel... Y uno sigue conociendo y llega *Moebius*, llega *Maus*, llega *Persépolis*, el cómic francés, el belga, el *underground* americano... En los últimos años, mi acceso al mundo del cómic ha sido principalmente a través de la biblioteca Ana María Matute, donde tienen una muy digna colección de unos 2000 ejemplares y que, por lo menos a mí, me ha servido para seguir conociendo autores y obras: por nombrar algunos, *El eternauta*, los libros de Paco Roca, los de Guy Delisle, los de Alan Moore, los de Charles Burns, *Bone* (¡qué bien está esa serie!), y tantos otros. A partir de la lectura de uno de estos pude conectar el mundo del cómic con el de los libros antiguos, que es a lo que uno se dedica en su vida profesional. ¿Cuándo empezó la unión de imagen y texto para crear una narración? ¿Cuándo se empezaron a utilizar las viñetas? Ese interés me llevó a publicar en mi [blog personal y de investigación](#) el texto que aquí voy a reproducir con ligeros cambios, y que espero que resulte interesante.

La idea de esta entrada surge a raíz de leer un cómic de Scott McCloud titulado *Understanding Comics: the Invisible Art* (en español publicado como *En-*

* **Carlos Fernández González** (Valladolid, 1973, residente en Valdemoro desde 2001), doctorado en Filología Hispánica por la UCM, bibliógrafo y bibliotecario especializado en libros anteriores al siglo XIX, dirige la colección de literatura en formato electrónico Clásicos Hispánicos.

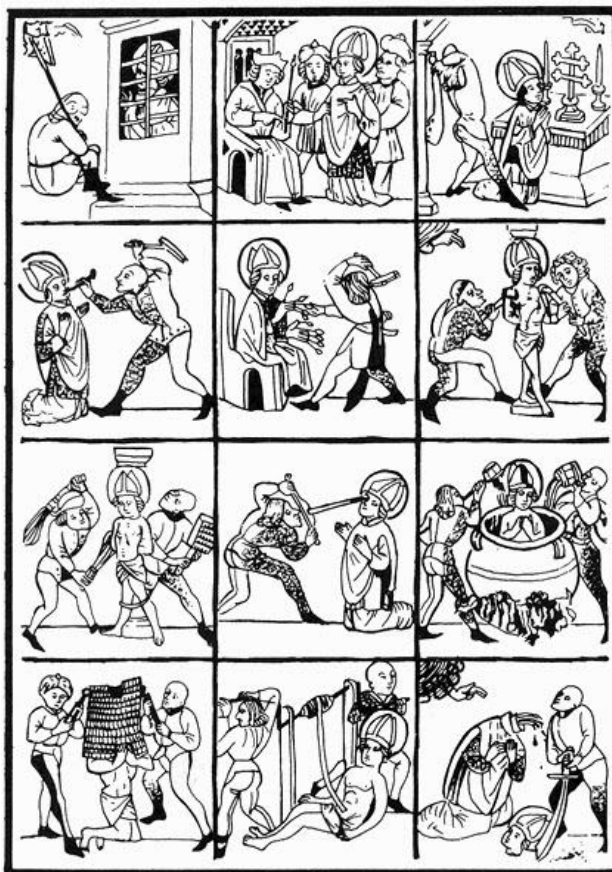
tender el cómic: el arte invisible. Bilbao: Astiberri, 2007). Magnífica obra que todo buen aficionado a este arte debería conocer. Se trata de un tratado teórico hecho en forma de tebeo que intenta definir lo que es un cómic, cómo se hace, qué herramientas de comunicación con el lector utiliza y por qué hay que considerarlo como un tipo de arte a la altura de cualquier otro. Al principio de la obra hay un breve repaso por lo que el autor cree que fueron los antecedentes del cómic. Nombra el código precolombino que narra la epopeya del héroe Ocho Venado “Garra de Tigre”, aunque en este punto no está demasiado acertado pues uno no sabe a qué código exactamente se refiere ya que todos los conservados cuentan la historia de este antiguo gobernante mixteco. En su búsqueda de narraciones secuenciales mediante dibujos también nombra un ejemplo egipcio, las pinturas murales realizadas para la tumba de Menna. Como él mismo dice, habría que revisar muchos tipos de representaciones artísticas del mundo antiguo en las que puede haber algo que podría ser considerado como antecedente del cómic o arte secuencial en viñetas. En nuestra tradición hispánica, ya en época medieval, tenemos sin ir más lejos las Cantigas de Santa María, donde las miniaturas suponen una narración paralela en imágenes al texto.



Cantigas de Santa María

Ya en la época de la imprenta McCloud trae a colación un ejemplo de grabado xilográfico en el que mediante viñetas se cuenta la historia de San Eras-

mo y sus torturas; se trata este de un grabado alemán anónimo realizado hacia 1460. McCloud podría haber traído más ejemplos dentro de la imprenta antigua en los que mediante viñetas bien separadas se narra una historia. Por ejemplo, el grabado calcográfico conocido como “Virgen del Rosario” de fray Francisco Domenech realizado en 1488, cuyo original se conserva en la Biblioteca Real de Bélgica y del que la Biblioteca Nacional de Madrid tiene un ejemplar de una reedición del siglo XIX.



Versión modernizada de las *Torturas de San Erasmo*.

La *Biblia pauperum*, una biblia para el vulgo en la que mediante imágenes acompañadas de texto se cuentan la vida de Cristo y episodios del Antiguo Testamento, conoció desde la época incunable numerosísimas ediciones. En esta obra, incluso aparecen bocadillos que salen de las bocas de los personajes para expresar algo y, aunque se suele citar a los humoristas ingleses del siglo XVIII como los creadores de este recurso, quizás fue esta la primera ocasión en que se utilizó. Recuerdo otros grabados utilizados por la imprenta manual en los que hay filacterias con texto interior saliendo de la boca de los per-

sonajes representados. Se trata, por tanto, de un recurso utilizado desde época muy antigua en la imprenta.



Biblia pauperum

Otro libro que conoció muchas ediciones en la Europa del siglo XVI es el *Libro de las suertes*, originalmente creado por Lorenzo Spirito (*Libro de la ventura*, en italiano), obra que se adentra a modo de juego en el mundo de la adivinación del futuro y en el que se suceden los grabaditos en viñetas. ¿No hace esto pensar en las cartas del tarot? El tarot construye historias a partir de personajes y figuras. A propósito de esto traigo una cita de Italo Calvino en su introducción a *El castillo de los destinos cruzados*, libro de relatos fantásticos contruidos a partir de las cartas del tarot: «¿cuál es el equivalente contemporáneo del tarot como representación del inconsciente colectivo? Pensé en los tebeos, no en los cómicos sino en los dramáticos, de aventuras, de miedo, gángsters, mujeres aterrorizadas, naves espaciales, vampiros, guerra aérea científicos locos. [...] Algunas personas salvadas de una misteriosa catástrofe se refugian en un motel semidestruido, donde solo ha quedado una hoja de periódico chamuscada: la página de los tebeos. Los sobrevivientes, que han perdido el habla por el miedo, cuentan sus historias con ayuda de las viñetas,

pero no siguiendo el orden de cada tira, sino pasando de una a otra en columnas verticales o en diagonal [...]».

También tenemos las aleluyas, obras creadas para el consumo popular, forma de literatura de cordel nacida en la Francia del siglo XVI de temática variada y que tuvo su mayor auge en los siglos XVIII y XIX. Se las considera un claro precedente de la historieta. Una de las mejores colecciones de aleluyas españolas es la que se guarda en la Fundación Joaquín Díaz en Urueña, pequeña localidad vallisoletana, dispuesta hace años como Villa del Libro (numerosas librerías de viejo y un museo del libro, además de varios museos). En la Biblioteca Cervantes Virtual la Fundación cuenta con una página propia en la que se pueden leer más de mil de estas aleluyas de una forma muy original y práctica, con una lupa que va pasando sobre ellas.

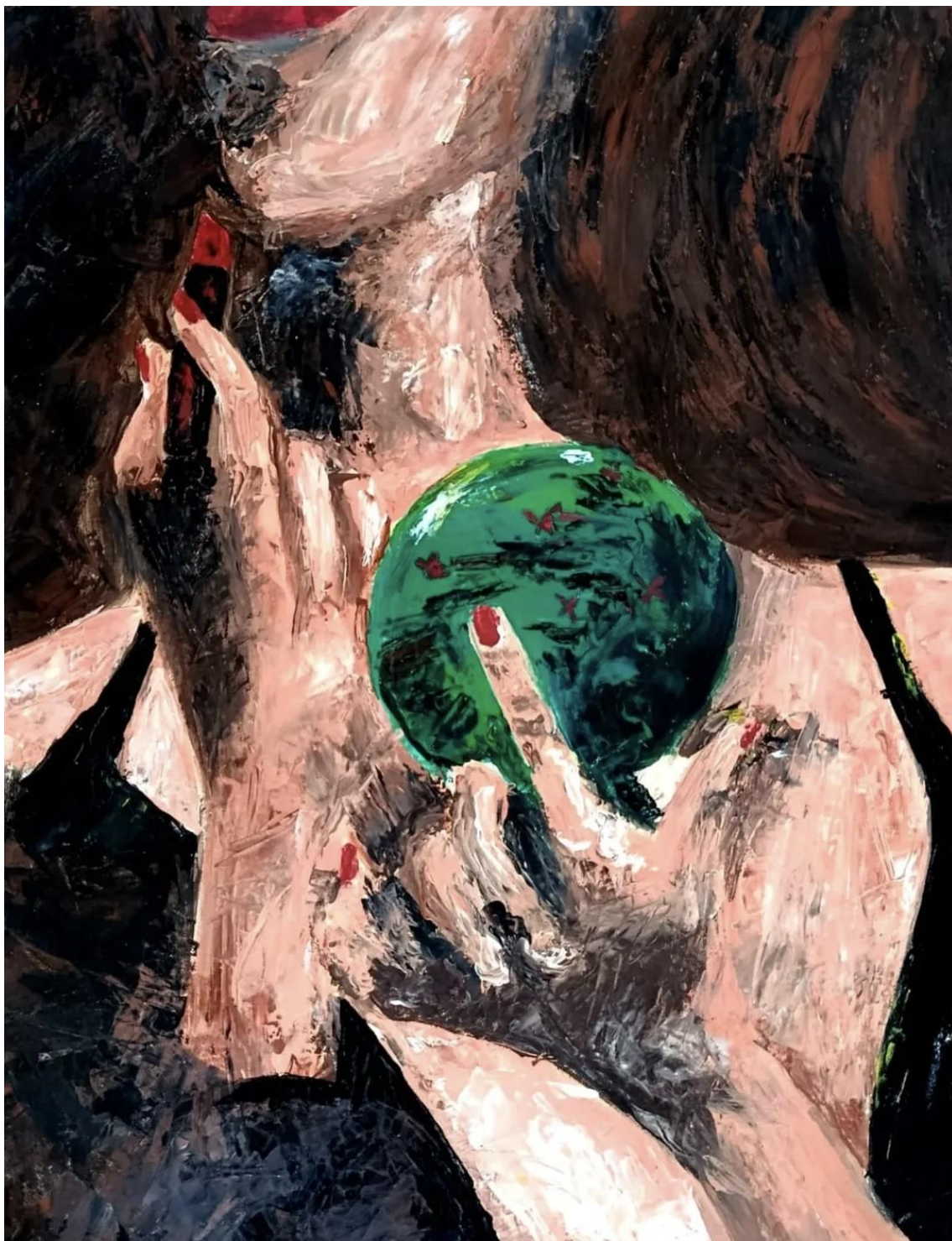
Sin intención de ser exhaustivo en este asunto porque esto no tendría fin, aporte otros datos sobre libro antiguo y cómic. La primera novela gráfica, novela en imágenes con texto, parece ser que fue Lenardo und Blandine de Joseph Franz von Götz, impresa en Augsburgo en 1783. El considerado en el mundo anglosajón (el que más se ha ocupado de la historia de este arte) como padre del cómic moderno por su gran parecido a la forma actual del tebeo, es Rodolphe Töpffer, quien a partir de 1829 empezó a publicar álbumes en los que combinaba caricaturas en viñetas y texto. Después, en los últimos años del siglo XIX, llegarían los primeros cómics propiamente dichos creados por la prensa estadounidense. Hay más obras (no solo del ámbito literario, también de la pintura) en las que combinación de imágenes y texto podría considerarse un antecedente de la historieta moderna, pero con las traídas aquí es suficiente para demostrar lo antiguo de este recurso de expresión artística.

Y, por favor, dejen a las niñas y a los niños leer cómics.

El baúl de las palabras

PALABRAS CON OFICIO

Juan José Jurado Soto*



* **Juan José Jurado Soto** es maestro y psicopedagogo. Ha ejercido como funcionario en colegios e institutos públicos de la Comunidad de Madrid. Lleva casi 40 años publicando libros y artículos de temas diversos, gran parte de ellos relacionados con la educación. También ha ilustrado algunas de sus obras y de otros autores.

AZAFATA

Denominamos *azafata* a la mujer que atiende a los pasajeros durante un viaje en avión. Un término que ha crecido en las últimas décadas y en la actualidad también se llama *azafata* o *azafato* (para el masculino), a los empleados de las compañías de aviación que prestan asistencia al público en servicios diversos (información, facturación...), así como a los que viajan en otros medios de transporte: tren, autocar, etc. Igualmente, hoy conocemos como *azafatas* a las encargadas de facilitar información y ayuda al público en congresos, ferias u otros eventos. En algunos lugares de América se conoce a los que desempeñan esta profesión como *aeromozo* o *aeromoza* y más concretamente, en Colombia y Ecuador se llama *cabinero* o *cabinera* a estos *auxiliares de vuelo* o *cabina*.

Pero históricamente, la *azafata* era una criada de la reina que se encargaba de asistirle y proporcionarle los vestidos y alhajas que se iba a poner, así como de recogerlo todo al terminar de usarlos.

La palabra *azafata* procede de *azafate*, del árabe hispánico *assafât*, y éste del árabe clásico *safaṭ*, con el significado de “canastillo”, recipiente que era usado para artículos de belleza y cuidado personal femenino. Hoy se sigue llamando *azafate* tanto al referido canastillo de mimbre como a la bandeja o fuente con borde de poca altura hecha de paja, latón, loza, plata u otras materias. El *azafate* es una pieza importante para transportar, servir y presentar alimentos y bebidas en hostelería y restauración, por lo que son fabricadas con material antideslizante y resistente.

No es extraño que a las encargadas de llevar el *azafate* con los enseres de la reina comenzaran a ser llamadas *azafatas* y que, posteriormente, ese oficio amplió su cometido a otras tareas de asistencia cortesana.

Con la expansión de la navegación aérea la denominación de *azafata*, para referirse a las mujeres que ayudaban a los pasajeros en los vuelos, se hizo de uso común. Y la Real Academia Española acabó incluyendo el término en el Suplemento de su Diccionario de 1970. Con el tiempo, la palabra amplió su significado, tal y como hemos comentado.

“[...] y saltó el diente tan blanco, tan limpio y tan precioso como una perlitita sin engaste.

Recogiólo en un azafate de oro el gentilhomme Grande de guardia, y fue á presentarlo á S. M. la Reina. Convocó ésta al punto el Consejo de Ministros, y dividiéronse las opiniones.”

Del libro *Ratón Pérez* (1911) de P. Luis Coloma, un cuento infantil que tiene como protagonista al rey Alfonso XIII y que narra la historia del diente de leche que se le cayó siendo niño.

LUTIER

Lutier o *luthier*, pues de ambas formas está registrada la palabra en el Diccionario de la RAE, es una persona especializada en construir, reparar y restaurar instrumentos musicales de cuerda (como violines, guitarras, violonchelos, etc.), aunque también se usa actualmente para otro tipo de instrumentos de música en general. Su trabajo es pura artesanía y precisa conocimientos de carpintería, acústica y arte.

La palabra que da nombre a esta profesión viene del francés *luthier*, que a su vez deriva de *luth* ("laúd"), y ésta del árabe: *al- 'ūd* ("la madera", referida al laúd). Del árabe derivó al italiano como *liutaio*, que significaba constructor de laúdes. Del italiano pasó al francés como *luthier*, documentándose desde el siglo XVII para constructores de instrumentos de cuerda. El español adoptó el término francés como *luthier* (hoy también *lutier*), aunque tradicionalmente se usaban palabras como *laudero* o *violero*, que se consideran como sinónimos.

Por lo tanto, si originalmente, en la Edad Media, se designaba *luthier* a los artesanos que fabricaban laúdes, con el tiempo el término se extendió para dar nombre a los que construían y reparaban todo tipo de instrumentos de cuerda punteada o frotada. Y, desde 1832, como al fabricante o vendedor de todo tipo de instrumentos musicales.

Lutheria o *Lauderia* es el almacén o comercio del lutier, donde, además de la parte artesanal, también se pueden vender instrumentos musicales de cuerda, viento o de percusión.

Les Luthiers es el nombre del famoso grupo musical y humorístico argentino que, desde 1967, sigue en activo, si bien, algunos de sus miembros fundadores ya han fallecido. El nombre es un guiño a su imaginación, al ser los fabricantes de sus propios instrumentos musicales, creados con materiales cotidianos, como el "latín o violín de lata" o la "máquina de tocar o dactilófono", cuya base es una vieja máquina de escribir. En sus inicios, se autodenominaban: "Conjunto de instrumentos informales", pero el nombre "Les Luthiers" se popularizó y se quedó como marca y sello de sus espectáculos de humor y música.

PLAÑIDERA

Las plañideras eran mujeres contratadas para llorar y lamentarse en los funerales, de forma muy llamativa. Tienen un origen ancestral, teniendo pruebas de su existencia en las antiguas culturas de Egipto, Grecia y Roma, así como referencias en el Antiguo Testamento. Era parte de un ritual, una forma de expresar el dolor colectivo, de recordar al fallecido y de mostrar lo querido que era.

La palabra *pañidera* procede de *pañir* ("sollozar") y ésta del latín, de *plangere*, que significa "llorar, gemir o lamentarse exageradamente".

En España, su presencia se remonta a la antigüedad. En el siglo XVIII, la Iglesia Católica las persiguió e intentó erradicarlas, prohibiendo que se cobrara por llorar y excomulgando a quienes lo hicieran, lo que contribuyó a su desaparición. Hasta mediados del siglo XX, su práctica fue una costumbre y tradición muy arraigada en pueblos y zonas rurales, especialmente en el norte y Galicia. Existían distintas formas de llantos y lamentos para expresar la tristeza, según la clase del difunto.

En algunos lugares de Latinoamérica el trabajo de *plañidera*, también conocidas como *llorona*, se ha visto reactivado de manera puntual, especialmente en momentos de crisis y en fechas concretas como el Día de Todos los Santos. En San Juan del Río (Querétaro, México), es famoso el concurso anual de *plañideras* o *lloronas*, en el que se recuerda este tradicional oficio, donde se premia la mejor interpretación de un duelo, honrando esta práctica cultural de acompañar al difunto y a los dolientes.

El percusionista puertorriqueño Tito Puente y la intérprete cubana La Lupe popularizaron *La lloradora*, una canción con música salsa que presenta a una mujer que llora profesionalmente por dinero. La letra, que es una sátira sobre los rituales funerarios y el cobro por los servicios en un momento de duelo, comienza así:

*Antonia es una mujer
Ella llora por encargo
Si a usted se le muere alguien
Ella va a llorarle un rato*

*Ella llora por dinero
Con ataque y sin ataque
Si quiere que bese al muerto
Tiene que pagarle aparte*

Y sigue la canción:

Mire, Doña, yo soy muy humilde, pero yo lloro por dinero, y tengo tres clases de llanto pa' que usted escoja. El primero es el gimiqueo, vale 25 poetas, y hace así. hi hi hi hi hi haio hiii... El segundo es el grito seco, le cuesta 50 pesos y dice así: Ay, ay ay, mi marido, Y el tercero es el ataque con lágrimas, revolcándome en el suelo, tiene que darme alcohol para revivirme, y le beso al muerto si quiere, pero tiene que darme 100 pesos uno arriba del otro.

Hoy en día, en España, aunque desaparecido como oficio, persisten ecos en los coros de mujeres que lloran en ciertas procesiones de Semana Santa, especialmente en el Santo Entierro, como herencia de estos lamentos rituales.

En la actualidad, además de tener el significado comentado, nuestros diccionarios recogen el término como adjetivo que se usa para referirse a toda persona que llora y se lamenta mucho.

PAPARAZZI

Paparazzi es una palabra muy actual que se usa para referirse a los fotógrafos que persiguen a personas famosas para obtener imágenes, a menudo de manera intrusiva y sin su consentimiento, con el fin de publicarlas en la prensa u otros medios. Suelen centrarse en personajes de actualidad y del ámbito de la prensa rosa, buscando fotos íntimas o comprometedoras de celebridades.

Para conocer la etimología de la palabra paparazzi hay que remontarse al año 1960 y a la película italiana *La Dolce Vita* de Federico Fellini. En ella, el periodista Marcello Rubini (interpretado por Marcello Mastroianni) se encuentra con el fotógrafo Coriolan Paparazzo (Walter Santesso). Al parecer, el origen de ese nombre está en un amigo de la infancia de Fellini, cuyo apodo era Paparazzo, y que era un fotógrafo de la prensa rosa. Según unos, en el dialecto de la región italiana de los Abruzos *paparazzo* significa “almeja”, lo que llevó al director a la analogía entre *paparazzo* y fotógrafo por la cautela con que este molusco abre y cierra su concha, al igual que el objetivo de la cámara fotográfica. Según otros, *paparazzo*, en dialecto italiano, se asociaba con un “mosquito”, un insecto ruidoso e inquietante que zumba y molesta, lo que encajaba con la descripción de los fotógrafos intrusivos; incluso hay quienes dicen que el zumbido del mosquito se asemejaba con los niños inquietos que tartamudeaban al hablar, lo que les llevaba a ganarse ese nombre como mote. De cualquier forma, parece que Fellini se divertía explicando versiones diversas sobre el origen del nombre del fotógrafo de su película.

De esta forma, gracias al impacto cultural de la película de Fellini, la palabra se consolidó en el lenguaje popular para describir a estos indiscretos y entrometidos reporteros gráficos.

El español adoptó el plural de *paparazzo*, la voz italiana *paparazzi*. Así, en nuestro idioma, la forma recomendada es *paparazi* (singular) y *paparazis* (plural), sin embargo también se acepta el italianismo *paparazzi* tanto para el singular como para el plural. Incluso hay quienes usan la adaptación *paparachi* y *paparachis* (singular o plural), con una pronunciación similar al extranjerismo. En cuanto al género, se puede decir un paparazi o una paparazi.

En Chile se utiliza el verbo *paparazear*, con el sentido de “practicar la profesión de paparazi” y de “abordar los paparazis a una persona famosa para conseguir declaraciones o fotografías”.

En la actualidad, las nuevas tecnologías han facilitado el oficio del *paparazzi*. La complicada y costosa fotografía analógica ha pasado a la historia, siendo la fotografía digital un recurso al alcance de cualquiera. Indudablemente no existirían paparazis si no hubiera editoriales que compraran las fotografías y un público interesado en la prensa rosa.

Desconocidas, nunca más

Camille Claudel, genialidad a la sombra de Rodin

R. Kipling[♦]



En la tarde de un gélido día de noviembre de 1913 en París, la policía entró en el taller de Camille Claudel. Los vecinos llevaban escuchando todo el día unos ruidos extraños, fuertes golpes, gritos asustados, y ese fue el motivo de que alertaran a la gendarmería. Llevaba encerrada 8 años y no permitía que nadie la visitara. Cuando

[♦] Historiador con la inquietud apasionada de mostrar la importancia de la Mujer a lo largo de la Historia.

entraron los gendarmes, su estado era lamentable, su vestimenta era un manojo de harapos y la mayor parte de las esculturas que había realizado a lo largo de los años, estaban destruidas. Camille tenía la mirada perdida, no acertaba a decir palabra alguna y menos aún a responder a las preguntas de los gendarmes. Unos días después, su familia decidió ingresarla en el Hospital Motdevergues para enfermos mentales, donde moriría tres décadas después, sola, angustiada y sin apenas visitas, su hermano fue a verla siete veces en treinta años.

Camille Claudel nació en el seno de una familia acomodada en 1864 y desde muy joven, muestra una pasión inusual por el modelado en barro. Eugénie, la sirvienta de la casa, era la modelo perfecta para la joven escultora y con infinita paciencia posa para la niña una y otra vez. La habilidad de Camille para crear una figura humana en arcilla, fue algo que despertó el interés de buena parte de su familia. La madre, comienza a preocuparse porque “ser artista era algo inapropiado para una dama”, sin embargo, su padre se siente intrigado por una pasión artística tan temprana y consulta a su vecino Alfred Bouches, un afamado escultor parisino. Después de ver las obras en arcilla de Camille, el escultor sugiere a su padre que la lleve a París para iniciar su formación como escultora.

La familia se traslada a París en 1881 y Camille ingresa con tan solo 17 años en la prestigiosa Academia Colarassi, uno de los pocos centros para artistas que admitían mujeres en aquella época. Todos los profesores vieron en Camille una artista en potencia y, tan solo un año después, consigue ingresar en la Escuela de Bellas Artes de París. En ese mismo año, su mentor Alfred Bouches debe trasladarse a Florencia y pide a su amigo Auguste Rodin que se encargue de la formación de su pupila. A pesar de que Rodin es 24 años mayor que ella, el romance surge de inmediato y se convierten en la pareja más criticada de París.

Durante los primeros años con Rodin, Camille posa para él, es su musa, pero también su colaboradora, trabaja con él, y el famoso escultor en seguida se da cuenta de que era cierto lo del potencial artístico que ya habían señalado sus anteriores mentores. Las manos, los pies y en ocasiones hasta las cabezas de algunas de sus mejores obras (“El beso” o “El pensador”) serán obra de Camille, dejando también su impronta como gran escultora en el modelado de las figuras de “Las puertas del infierno”.

Con el paso de los años, la formación de Camille iba creciendo y comenzó a realizar obras en solitario que la crítica de la época encumbró, a pesar de tratarse de una mujer. “Sakountal” (El abandono) fue considerada “magistral y dolorosamente tierna”, mientras que “El gran vals”, en donde Camille representó de manera sublime a una pareja desnuda, fue censurada por el gobierno de la época por considerarla demasia-

do frívola. Pero Camille había conseguido el reconocimiento de la sociedad francesa como gran escultora, algo que pocas mujeres habían conseguido, no solo en Francia, sino en toda Europa. Sin embargo, la sombra de Rodin era muy alargada y pronto comenzarían los problemas en la pareja.

Camille decide romper con Rodin en 1893, algo inusual en aquél entonces, porque era el hombre el que tomaba siempre la iniciativa en las rupturas de pareja. Su relación con Rose Beuret fue el detonante para romper el idilio que llevaba deteriorándose desde hacía varios meses. Tan solo dos años después, realiza una de sus obras más famosas, “La edad madura”. Se trata de un conjunto escultórico que representa varios personajes: una joven suplicando arrodillada (Camille) frente a un hombre que se marcha dándole la espalda (Rodin) acompañado de un personaje mitad ángel, mitad bruja (Rose). La crítica fue unánime y la obra fue considerada como el cenit de la producción escultórica de Camille hasta ese momento.

Los años siguientes fueron muy duros para Camille: a pesar de su éxito anterior, era una mujer y, después de su ruptura con Rodin, se le fueron cerrando muchas puertas. A principios del siglo pasado, en 1905, decide encerrarse en su taller durante ocho años, sin permitir que nadie entrara, ni siquiera su familia. Transcurrido ese tiempo, y alertada la gendarmería por sus vecinos, su madre y hermano decidieron encerrarla en un hospital para enfermos mentales, donde fue diagnosticada de “psicosis delirante”, permaneciendo más de tres décadas apartada del mundo y de todos sus conocidos. Durante los primeros años en el hospital, la mejoría de Camille fue importante y su médico sugirió que podría volver a París, pero su familia no lo permitió y permaneció encerrada hasta que murió el 9 de octubre de 1943, siendo enterrada en el propio cementerio del hospital, en una tumba sin nombre y con el número 392.

A finales del siglo pasado, una línea de investigación de la propia Academia de Bellas Artes de París, señaló que el inmenso talento de Camille podría haber sido la clave para que algunas de las obras firmadas por Rodin, fuesen en realidad de Camille, cuestión ésta muy difícil de demostrar, porque, si bien es cierto que está confirmado que algunas de las partes de las esculturas fueron realizadas por la artista, a día de hoy, no podemos aseverar que la autoría fuese más allá.

Las más de 70 obras que se conservan de Camille, nos hablan de una mujer con un genio a la altura de los grandes escultores de la época, Rodin incluido. Cuando veamos las obras de Rodin, recordemos que parte de sus esculturas fueron obra de Camille, su alma permanece en la delicadeza de sus dedos, en la elegancia de los pies y en la verdad de sus rostros.

Música y poesía

DASEIN: MÚSICA Y POESÍA ENLAZADAS, UNA VEZ MÁS

Félix Jiménez*



DASEIN

**ESPECTÁCULO MUSICAL Y POÉTICO BASADO EN LA OBRA
MUSICAL CREADA POR RAMÓN SILLES Y LOS PRIMEROS ONCE
POEMAS DEL LIBRO DASEIN, NOCHE, NIEBLA, INVIERNO DE FÉLIX
JIMÉNEZ**

**22 DE ENERO
19:00 HORAS**

**SALA DE COROS
2º PLANTA
TORREÓN DE CONDE
DUQUE**

 **Biblioteca
Musical
Víctor Espinós**

El Palacio de los Serrano de Ávila y la Biblioteca Musical Víctor Espinós (centro Conde Duque, Madrid) vieron recientemente el estreno de *Dasein*. Según el programa de mano, *Dasein* es un espectáculo musical y poético basado en la obra musical creada por Ramón Silles y los primeros once poemas del libro *Dasein, noche, niebla, invierno*, de Félix Jiménez. La recitación corrió a cargo del actor Ramiro del Pozo.

* Félix Jiménez (La Torre, Ávila) ha venido publicando poemarios, relatos y novelas desde 2004. Su último poemario es *Dasein noche niebla invierno* (2025).

El título hace referencia al término que acuñó Martín Heidegger en su obra filosófica sobre el ser o el estar del hombre, ahí, en el mundo, arrojado a la vida. En estos poemas en prosa se abordan las inquietudes del ser humano con un poderoso ritmo interior. Se navega por la vida real contemplando los recuerdos, los sueños, las orillas de la costa habitada y la vacía, por el universo terrenal y el otro, guardián de la materia oscura del cosmos.

Sobre la contemplación del arte decía Kafka que “se trata de iniciar un acto de fe. No es necesario salir de casa. Quédate en tu mesa y escucha. Ni siquiera escuches, simplemente, espera. Ni siquiera esperes, permanece en silencio y el mundo vendrá a ofrecerse a ti para que lo desenmascares; no puede evitarlo. Extasiado se retorcerá ante tus ojos.” En estos poemas es necesario dejarse llevar por palabras cuyos significados vuelan por espacios de analogías, metáforas y símiles, personificaciones que unen mundos vegetales y minerales con seres temblorosos.

No se trata de seguir un argumento ni de mantener la atención para descifrar de inmediato los que subyace escondido en los versos. De igual manera que cerramos los ojos y seguimos el ritmo o el caracoleo de unas notas musicales que viajan por el pentagrama y acaban regresando al hogar del que salieron, debemos aguzar el oído y la vista para deslizarnos por los carriles del verso que nos acaba llevando a una estación término. Si nos detenemos a pensar o analizar una palabra, el tren se no escapa y tenemos que esperar de nuevo, volver al arranque y viajar de nuevo. En estos dos actos, la voz poderosa y firme del lector nos hizo cabalgar sobre los lomos de una música que conecta lo racional y lo irracional. El pianista y el narrador dialogan en un espectáculo abierto que sorprende a los espectadores poco acostumbrados a una partitura firme, contemporánea, suave y firme, aguda y apabullante.

Los espectadores, a veces atónitos y en otros momentos emocionados, se dejan llevar por la música y la voz del narrador, lector..., sacerdote que materializa la poesía. Poesía que el músico ha engarzado en las líneas del pentagrama. Cuando el final violento parece haber llenado la sala, avanza un instante de silencio en el que retumban las últimas vibraciones. Y antes de que la ausencia invada la sala vuelve la voz del narrador para cerrar con unos copos de nieve que caen sobre las conciencias. Y luego hay un tiempo

dubitativo en el que el público permanece a la espera. Cada uno recuerda las palabras iniciales del acto, palabras de la poeta Chantal Maillard: «Escribo para que el agua envenenada pueda beberse.»

El aplauso final es un acto de liberación de los intérpretes y de los asistentes. Todos pueden beber y refrescarse de esa agua que ha limpiado durante media hora el espacio abierto a la literatura y a la música. Los aplausos finales y el coloquio ayudan a que el final de la tarde sea un poco más llevadero.



LA DESPENSA ALIMENTARIA DE ROMA

Khalid Al Dieri Al Akeel*



Siria no es solo un nombre en el mapa, sino una memoria viva que habita en mí. Es una tierra donde las civilizaciones no se sucedieron borrándose unas a otras, sino que se acumularon, capa sobre capa, como los estratos de su propio suelo. En Siria, el pasado y el presente conviven sin anularse, formando una identidad profunda que se resiste al olvido.

Cuando hablo de Siria, me detengo inevitablemente en Daraa. Daraa no es una ciudad cualquiera; es la puerta del sur, la llave del Levante y una tierra que aprendió la agricultura antes que la política. Aquí, la fertilidad del suelo es tan evidente que incluso la historia decidió echar raíces en ella. El trigo, el olivo, la vid y las hortalizas no fueron simples productos agrícolas, sino la base de una economía sólida y el motor del comercio desde tiempos antiguos.

* Khalid Al Dieri Al Akeel nació en Siria y ha recorrido medio mundo para escribir en La torre del ojo.

Daraa conoció las caravanas mucho antes de conocer las fronteras modernas. Fue punto de paso y centro de intercambio entre el Levante y la península arábiga, entre el interior de Siria y Palestina y Jordania. Su ubicación geográfica la convirtió en un nudo comercial natural, y esa misma ubicación sigue otorgándole hoy un enorme potencial económico para el presente y el futuro, si se gestiona con visión y responsabilidad.

Desde una perspectiva cultural, Daraa —y Siria en su conjunto— se asemeja a un gran mosaico. Árabes, siríacos, romanos, otomanos y una antigua presencia judía dejaron huellas visibles y profundas. Estas huellas no deben entenderse como fragmentos de conflicto, sino como signos de una civilización rica y diversa. Nuestros restos arqueológicos no son piedras mudas, sino testigos del paso de imperios y pueblos. El oro hallado, ya sea de época romana, otomana o judía antigua, no representa solo un tesoro material, sino la prueba de que esta tierra fue siempre un centro de valor, de intercambio y de riqueza.

Siria no puede comprenderse sin analizar conjuntamente su historia agrícola y comercial. La fertilidad del suelo generó excedentes; los excedentes impulsaron el comercio; el comercio dio origen a ciudades, y las ciudades forjaron cultura. Esta cadena lógica se transformó, en Siria, en identidad. Por ello, no es exagerado afirmar que regiones del sur sirio, incluida Daraa, fueron consideradas en ciertos períodos como una auténtica despensa para grandes imperios, entre ellos el romano.

Hoy, a pesar de todo lo que hemos vivido, sigo convencido de que Siria posee un futuro real. No solo porque su pasado fue grandioso, sino porque aún conserva los elementos necesarios para renacer: la tierra, la ubicación estratégica, el ser humano y la memoria histórica. Daraa, como en el pasado, puede volver a ser un punto de partida económico, agrícola y comercial, siempre que regresen la estabilidad, la voluntad colectiva y el respeto por esta tierra.

Siria no es una historia concluida, sino un capítulo que se ha retrasado. Y Daraa no es una ciudad derrotada, sino una ciudad que sabe levantarse, porque fue construida sobre una tierra que no conoce la esterilidad, ni en la agricultura ni en la civilización.

Ensayo

POR QUÉ ESCRIBO

George Orwell

Traducción: Fernando Martín Pescador

“Why I Write”, de George Orwell, publicado por primera vez en 1946



Desde muy temprana edad, tal vez desde los cinco o seis años, supe que, cuando fuera mayor, sería escritor. Entre los diecisiete y los veinticuatro años aproximadamente, intenté quitarme esta idea de la cabeza, pero lo hice a sabiendas de que estaba despreciando mi verdadera naturaleza y que, tarde o temprano, tendría que sentar la cabeza y escribir libros.

Fui el mediano de tres hermanos, pero con una separación de cinco años con cada uno de ellos, y apenas vi a mi padre hasta que no cumplí los ocho años. Por esta y otras razones, me sentía, en cierta forma, solo y pronto desarrollé comportamientos que me hicieron poco popular en mis años escolares. Tenía la costumbre del niño solitario, que inventa historias y mantiene conversaciones con personas imaginarias, y creo que, desde el primer momento, mis ambiciones literarias se mezclaron con la sensación de estar aislado e infravalorado. Sabía que tenía cierta facilidad con las palabras y el poder de enfrentarme a hechos desagradables, y sentía que esto creaba una suerte de mundo privado en el que podía resarcirme de mi fracaso en la vida cotidiana. Sin embargo, la cantidad de escritura seria (la que pretendía ser seria, quiero decir) que produje a lo largo de mi infancia y adolescencia no llega a media docena de páginas. Escribí mi primer poema a la edad de cuatro o cinco años, siendo mi madre la que lo anotaba mientras yo se lo dictaba. No me acuerdo de nada, salvo que iba de un tigre y el tigre tenía dientes en forma de silla, una frase lo suficientemente buena, aunque me temo que el poema era un plagio del “Tigre, tigre” de Blake. A los once años, cuando estalló la guerra de 1914-18, escribí un poema patriótico que fue impreso en el periódico local, del mismo modo que otro, dos años más tarde, sobre la muerte de Kitchener. De vez en cuando, ya un poco más mayor, escribía poemas malos, que ni acababa, sobre la naturaleza de estilo Georgiano. Un par de veces, también intenté una historia corta que fue un fracaso estrepitoso. En realidad, ese fue todo el trabajo con pretensiones de ser serio que trasladé al papel durante todos esos años.

Sin embargo, en todo ese tiempo, sí que, de alguna manera, me embarqué en actividades literarias. Para empezar, estaba el material que me mandaban hacer y que escribía de forma rápida, fácil y sin mucho placer por mi parte. Además de las tareas para clase, escribía *vers d’occasion*, poemas semicómicos que podía crear a una velocidad que ahora me parece asombrosa (a los

catorce años, escribí una obra de teatro rimada, imitando a Aristófanes, en una semana) y ayudaba en la redacción de las revistas de la escuela, tanto la impresa como la manuscrita. Estas revistas eran el material burlesco más penoso que se puedan imaginar y les dedicaba muchísima menos atención de lo que le dedicaría ahora al más barato de los periodismos. Pero, al mismo tiempo, durante quince años o más, llevé a cabo un ejercicio literario de una naturaleza bien distinta: se trataba de la creación de una “historia” de mí mismo, una especie de diario que existía solo en mi cabeza. Creo que este es un hábito bastante común en niños y adolescentes. Siendo bien pequeño, solía imaginar que era, digamos Robin Hood, y me imaginaba como el héroe de emocionantes aventuras, pero bien pronto mi “historia” dejó de ser narcisista de una manera bastante cruda y se fue convirtiendo paulatinamente en una mera descripción de lo que hacía y de las cosas que veía. Durante unos minutos, fluían por mi cabeza este tipo de cosas: «Abrió la puerta de un empujón y entró en la habitación. Filtrándose a través de las cortinas de muselina, un rayo de sol amarillo caía oblicuo sobre la mesa, en la que había una caja de cerillas medio abierta junto al tintero. Con su mano derecha en el bolsillo, se dirigió hacia la ventana. Abajo, en la calle, un gato carey perseguía una hoja marchita...» Esta costumbre me duró hasta los veinticinco años, a lo largo de época no literaria. Aunque tenía que buscar, y buscaba, las palabras apropiadas, me daba la sensación de que hacía este esfuerzo literario casi contra mi voluntad, obedeciendo a una pulsión externa. La “historia”, imagino, habría reflejado los estilos de varios escritores que fui admirando a diferentes edades, pero, por lo que recuerdo, siempre tenía la misma calidad de descripción meticulosa.

A los dieciséis años aproximadamente descubrí repentinamente el gozo por las palabras en sí mismas, es decir, por los sonidos y las asociaciones de palabras. Unos versos de *Paraíso perdido*, “So **hee** with difficulty and labour hard / Moved on: with difficulty and labour hee,” (*Así que él, con trabajo duro y adversidad / siguió para delante: con adversidad y trabajo él*) que hoy día no me parecen especialmente maravillosos, me producían escalofríos que me bajaban por toda la columna vertebral; y el deletreo de *hee* en vez de *he* constituía un placer añadido. En cuanto a la necesidad de describir cosas, ya lo controlaba todo. Ya está claro qué tipo de libros quería escribir, si se pudiera decir que, en

ese momento, quería escribir libros. Quería escribir larguísimas novelas naturalistas con finales infelices, llenas de descripciones detalladas y símiles impresionantes, y también llenas de pasajes recargados en los que las palabras se usaban, en parte, por cómo sonaban. Y, de hecho, la primera novela que llegué a terminar, *Los días de Birmania*, que escribí cuando tenía treinta años, pero que había planeado muchísimo antes, se corresponde bastante con esa clase de libro.

Doy toda esta información de fondo porque creo que no se puede analizar los motivos de un escritor sin saber algo sobre su desarrollo temprano. Sus temas vendrán determinados por la época en la que vive (esto es verdad, al menos, en épocas tumultuosas y revolucionarias como la nuestra), pero, antes incluso de que comience a escribir, habrá adquirido una actitud emocional de la que nunca escapará completamente. Es su obligación, sin duda, disciplinar su temperamento y evitar quedar atrapado en una etapa inmadura o en un estado de ánimo perverso: pero, si escapa completamente de sus primeras influencias, habrá matado su pulsión escritora. Dejando a un lado la necesidad de ganarse la vida, creo que hay cuatro grandes motivos para escribir; al menos, para escribir prosa. Están presentes en todo escritor en grados diferentes y, en cada escritor, las proporciones variarán con el tiempo, dependiendo del ambiente en el que esté viviendo. Los cuatro motivos son:

1. Mero egoísmo. Deseo de parecer inteligente, de que hablen de ti, que te recuerden después de muerto, de vengarte de los adultos que te despreciaron durante tu infancia, etc., etc. Es una idiotez fingir que esto no es un motivo y, además, importante. Los escritores comparten esta característica con los científicos, artistas, políticos, abogados, militares, hombres de negocios con éxito (en resumidas cuentas, con la corteza superior de la humanidad). La gran mayoría de seres humanos no son extremadamente egoístas. Una vez cumplen treinta años, abandonan toda ambición individual (en muchos casos, de hecho, casi abandonan por completo el sentido de individualidad) y viven principalmente para otros o se ahogan en trabajos aburridos. Pero hay también una minoría de personas, muy capacitadas y con una voluntad de hierro, que se empeñan en vivir sus propias vidas hasta el final y los escritores pertenecen a este grupo. Los es-

critores serios, debería precisar, son generalmente más vanidosos y ego-céntricos que los periodistas, aunque menos interesados en el dinero.

2. Entusiasmo estético. La percepción de la belleza en el mundo que nos rodea o, por el contrario, en las palabras y su correcto ordenamiento. Placer en el impacto de un sonido sobre otro, en la firmeza de una buena prosa y en el ritmo de una buena historia. El deseo de compartir una experiencia que uno siente que es valiosa y no debería pasar desapercibida. El motivo estético es muy débil en muchos poetas, pero incluso un panfletista o un escritor de libros de texto tendrán palabras y frases favoritas que les atraigan por razones menos prácticas; o tal vez, pueda sentir pasión por la tipografía, el ancho de los márgenes, etc. Con la excepción de las guías de horarios de trenes y similares, ningún libro se libra de ciertas consideraciones estéticas.
3. Inquietud historicista. Deseo de ver las cosas como son, de descubrir la verdad y almacenar hechos veraces para la posteridad.
4. Intención política (usando la palabra “política” en el más amplio sentido). Deseo de mover el mundo en una dirección determinada, cambiar la idea que tiene la gente sobre el tipo de sociedad por el que deberíamos luchar. Una vez más, ningún libro es verdaderamente libre de una tendencia política. La opinión de que el arte no debería inmiscuirse en la política es, en sí misma, una actitud política.

Puede verse cómo todos y cada uno de los diversos impulsos deben competir entre ellos y cómo deben fluctuar de una persona a otra y de un momento a otro. Por naturaleza (entiendo por tu “naturaleza” el estado que has conseguido a comienzos de tu edad adulta) soy un persona en la que los tres primeros motivos serían más importantes que el cuarto. En una época de paz, quizá habría escrito libros llenos de adornos o meramente descriptivos, y quizá habría permanecido casi ajeno a lealtades políticas. Sin embargo, se me ha forzado a convertirme en una suerte de panfletista. Primero, pasé cinco años en una profesión inadecuada (la Policía Imperial de la India en Birmania) y luego me sobrevino la pobreza y el sentimiento de fracaso. Esto aumentó mi odio natural a la autoridad y me hizo consciente, por primera vez, de la existencia de las clases trabajadoras, y mi ocupación en Birmania me había ayudado a com-

prender algo de la naturaleza del imperialismo: pero estas experiencias no fueron suficientes para darme una orientación política precisa. Luego vino Hitler, la Guerra Civil Española...

A finales de 1935 no había tomado todavía una decisión firme. Recuerdo un pequeño poema que escribí en esas fechas, expresando mi dilema:

Un sacerdote habría sido yo
Hace doscientos años,
Para predicar sobre la condena eterna
Y ver crecer mis nueces
Pero nacido he, ay, en un tiempo aciago,
No he disfrutado ese placentero edén,
Porque me ha salido bigote
Y el clero va siempre bien afeitado.
Y más tarde los tiempos todavía eran buenos,
Se nos contentaba fácilmente,
Acunábamos nuestras preocupaciones hasta que quedaban dormidas
En los senos de los árboles.
Ignorantes todos, nos atrevimos a poseer
Las alegrías que ahora desmontamos,
El verderón en la rama del árbol
Podía hacer temblar a mis enemigos.
Pero las barrigas de las chicas y los albaricoques,
El rutilo en un riachuelo a la sombra,
los caballos, los patos volando al amanecer,
Todo esto era un sueño.
Está prohibido soñar de nuevo;
Mutilamos nuestras alegrías o las escondemos;
Los caballos están hechos de acero al cromo
Y hombrecitos gordos van a cabalgar sobre ellos.
Soy el gusano que nunca se resistió,
El eunuco sin harén;
Entre el cura y el comisario,
Caminé como Eugene Aram;
Y el comisario me lee el futuro
Mientras suena la radio
Pero el sacerdote ha prometido un Austin Seven
Porque Duggie siempre paga.
Soñé que vivía en salones de mármol
Y desperté para encontrar que era verdad;
No nací para una época como esta;
¿Y Smith! ¿Y Jones? ¿Y tú?

La Guerra Civil Española y otros acontecimientos de 1936-37 inclinaron el fiel de la balanza y, desde entonces, supe dónde me posicionaba. Cada línea de trabajo serio que he escrito desde 1936 ha sido escrita, directa o indirectamente, contra el totalitarismo y a favor de la social democracia, así como yo la entiendo. Me parece que no tiene sentido, en un periodo como el nuestro, pensar que se puede evitar escribir sobre estos temas. Todos escribimos sobre ellos de una manera u otra. Es solo cuestión de decidir qué bando eliges y qué enfoque sigues. Cuanto más consciente es uno de su tendencia política, más

posibilidades tiene de actuar políticamente sin sacrificar su estética ni su integridad intelectual.

Lo que más he querido hacer durante los últimos diez años es convertir la escritura política en arte. Mi punto de partida es siempre un sentimiento de lealtad a mi causa, un sentimiento de injusticia. Cuando me siento a escribir un libro, no me digo «voy a producir una obra de arte». Lo escribo porque hay alguna mentira que quiero dejar al descubierto, algún hecho sobre el que quiero llamar la atención, y mi preocupación inicial es hacerme oír. Pero no podría escribir un libro, ni siquiera un artículo largo de revista, si no fuera además una experiencia estética. Quien quiera examinar mi obra verá que, incluso cuando es propaganda pura y dura, contiene mucho de lo que un político a tiempo completo consideraría irrelevante. No soy capaz, ni deseo serlo, de abandonar por completo la visión del mundo que adquirí en mi infancia. Mientras siga vivo y con buena salud, continuaré dando importancia a un estilo de prosa, amando la superficie de la tierra y disfrutando de objetos sólidos y de deshechos de información inútil. No merece la pena intentar suprimir esa parte de mí. Mi misión consiste en reconciliar mis arraigados gustos y aversiones con las actividades no individuales, esencialmente públicas que esta época nos impone.

No es fácil, conlleva problemas de estructura y de lenguaje y conlleva, de una nueva forma, un problema de ser fieles a la verdad. Déjenme que les dé solamente un ejemplo de la clase más cruda de dificultad que esto suscita. Mi libro sobre la Guerra Civil Española, *Homenaje a Cataluña*, es, decididamente un libro político, pero, en su mayor parte, está escrito con cierto desapego y con bastante atención a la forma. Intenté verdaderamente contar toda la verdad sin renunciar a mis instintos literarios. Pero, entre otras cosas, contiene un capítulo largo, lleno de citas de periódicos y similares, defendiendo a los trotskistas que fueron acusados de confabularse con Franco. Claramente, un capítulo así, que después de uno o dos años perdería interés para el lector medio, tenía que arruinar el libro. Un crítico al que respeto me dio una charla al respecto. «¿Por qué incluiste todo eso?», dijo. «Has convertido lo que podía haber sido un buen libro en periodismo.» Lo que dijo era verdad, pero no lo podía haber hecho de otra forma. Yo sabía algo de lo que poca gente en Inglaterra había podido enterarse; yo sabía que hombres inocentes estaban siendo falsamente

acusados. Si no hubiera estado enfadado al respecto, jamás habría escrito el libro.

De una forma u otra, este problema vuelve a presentarse. El problema del lenguaje es más sutil y llevaría mucho más tiempo discutirlo. Solo diré que, en los últimos años, he intentado escribir de forma menos pintoresca y con más exactitud. En cualquier caso creo que, para cuando has perfeccionado cualquier estilo de escritura, ya has entrado en otra fase estilística. Rebelión en la granja fue el primer libro en el que intenté, con pleno conocimiento de lo que estaba haciendo, fusionar en un todo la intención política y la artística. No he escrito una novela en siete años, pero espero escribir otra bastante pronto. Es muy probable que sea un fracaso, todo libro lo es, pero sé con cierta claridad qué tipo de libro quiero escribir.

Releyendo las dos últimas páginas, veo que he hecho parecer que mis motivos a la hora de escribir tenían completamente un espíritu público. No quiero que esa sea la última impresión. Todos los escritores son vanidosos, egoístas y perezosos, y en el fondo de sus motivos se esconde un misterio. Escribir un libro es una lucha horrible y agotadora, como un brote prolongado de una enfermedad dolorosa. Uno no se embarcaría en una tarea así si no fuera empujado por un demonio al cual ni puedes resistirte ni puedes comprender. Por todo lo que sé, ese demonio es simplemente el mismo instinto que hace que un bebé se ponga a llorar para que le presten atención. Y, aun con todo, es también cierto que nadie puede escribir algo que merezca la pena ser leído si no se esfuerza constantemente en borrar su propia personalidad. La buena prosa es como el cristal de una ventana. No puedo asegurar con certeza cuáles de mis motivos son los más fuertes, pero sé cuáles merecen ser seguidos. Y volviendo la vista a todo lo que he escrito, veo que, invariablemente, siempre que me ha faltado la intención política, he escrito libros sin vida, traicionándome con pasajes recargados, oraciones sin sentido, adjetivos decorativos y, en general, con verdaderas pamplinas.

Agenda 2025–2026

Estas son las actividades culturales previstas para la próxima temporada dentro del marco de Luciérnagas:

23 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS

19:00 – 20:00 — Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de **Valdemoro**

19 Oct 2025 – 2 Ene 2026 – **La luz de tu querer**

Exposición de Livia Organista

Milia's Coffee - Kirchstraße 10, 42103 Wuppertal Hauptbahnhof

27 Octubre – Tertulia literaria sobre el libro *Rincones de la infancia*, de Felipe Díaz Pardo

11:30 -13:30 – Fuenlabrada

28 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

Noviembre –CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN

Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD

Número 114, diciembre 2025, de *La revista de Valdemoro*

Febrero – OSCAR AWARDS 2026 - Reviews

21 Abril – POSEÍA POESÍA

19:15 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

Primavera 2026 – **PRESENCIA Y OTROS POEMAS DE JOSÉ EMILIO PACHECO**

Tomás Lozano en concierto



Ilustraciones de Aitana Vega Lozano

Portada: La torre del ojo.
Página 3: Encuentra tu pasión.
Página 4: Anora.
Página 6: La fuga.
Página 10: Desierto.
Página 12: Salvador.
Página 13: Momentos difíciles.
Página 14: Descalzos en el parque.
Página 19: Entre estaciones
Página 20: Te di una manzana.
Página 23: La tour de l'oeil.
Página 24: El hombre que desafió la lógica.
Página 27: Conocí a Sonia en un tren.
Página 31: Tortuga china.
Página 37: El corazón en primera persona.
Página 38: Si me necesitas, silba.
Página 47: En el espejo del ascensor.
Página 57: En la sombra.
Página 58: Te encontraré en una constelación cualquiera.
Página 60: Y mi patria, mis zapatos
Página 69: L-O-L-A.
Página 69: Amanecer

